La Ilustracion Artística

Año XXVII — Barcelona 10 de agosto de 1908 — Núm. 1.389

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EL PRÍNCIPE TOMÁS DE SABOYA,

copia del celebrado cuadro de Antonio Van Dyck

SUMARIO

Texto.—*Revista Hispano-americana*, por R. Beltrán Rózpide. – *La madre*, cuento de Enrique Datin. – *Nuevo Palacio de Justicia en Barcelona. – Viaje de M. Falliéres á las Cortes del Norte de Europa. – Proclamación de la Constitución en Salónica. – Las sufragistas inglesas. – El globo dirigible militar francés «République.» – Bellas Artes. – Problema de ajedrez. – El heredero*, novela ilustrada (continuación). – *El Museo Nacional de Pintura y Escultura de Madrid*, por Pompeyo Gener. – Libros enviados á esta Redacción.

Grabados.—*El príncipe Tomás de Saboya*, cuadro de Antonio Van Dyck. – Dibujo de Calderé que ilustra el cuento *La madre*. – *Estatua modelada por Javier Duniowski*. – *Magda*, cuadro de F. Wobring. – *M. Falliéres en Revel y en Cristianía*. – *Ahmed-Riza*. – *Abdul-Hamid, sultán de Turquía*. – *Said-Bajá, el nuevo gran visir de Turquía*. – *La población otomana de Salónica dirigiéndose á la estación del ferrocarril para recibir á Enver-Bey*. – *El Konak de Salónica*. – *Hilmi-Bajá dando lectura al iradé imperial*. – *Barcelona. Vistas del nuevo Palacio de Justicia*. – *Londres. Las quince sufragistas después de extinguida su condena*. – *El nuevo globo militar dirigible «République.»* – *Madrid. El Museo Nacional de Pintura y Escultura*. – *El niño de la escudilla*, cuadro de Murillo. – *La Sagrada Familia*, cuadro de Rafael conocido por «La Perla.» – *Londres. El 17.º Congreso internacional de la Paz. La baronesa de Suttner dirigiéndose al congreso.*

REVISTA HISPANO-AMERICANA

México: revolucionarios ó merodeadores en la frontera Norte. – *Honduras:* tentativa revolucionaria: fracaso de la misión confidencial en *Guatemala*. – *Panamá:* el nuevo presidente de la República. – *Colombia:* el viaje del presidente: un saludo á España. – *Ecuador:* el ferrocarril de Guayaquil á Quito. – *Perú:* el telégrafo sin hilos en las selvas del Oriente peruano. – *Paraguay:* el triunfo de la revolución.

Según informes oficiales, no ha habido movimiento revolucionario en México. El gobierno de esta República ha participado á todas sus legaciones en el extranjero—y éstas se apresuraron á dar publicidad al despacho—que la pretendida revolución á que aludimos en la anterior *Revista* no fué más que actos de rapiña a que se entregaron unos cuantos bandidos que merodean por la frontera yanqui y que hicieron incursiones en territorio mexicano, inmediatamente reprimidas por la policía rural. Sus organizadores ó cómplices han procurado dar á esos hechos carácter político para impedir que tengan eficacia las demandas de extradición que en su día pudiera dirigir el gobierno de México al de la Unión norteamericana. Este último ha procedido con toda corrección, manifestándose dispuesto á prestar su concurso para prender á los culpables y evitar nuevos incidentes. Por otra parte, se afirma que los autores de esos desórdenes no merecen consideración alguna; son gente perdida, á quien nadie conoce, y que vienen viviendo del robo y el asesinato.

Tal es la versión oficial, no muy de acuerdo por cierto con las noticias, impresiones y juicios que estampan algunos periódicos de México que, inspirados, según dicen, en un sentimiento de verdadero patriotismo, protestan contra la conducta que observan los *malos mexicanos* residentes en la frontera yanqui, instigadores de tan lamentables sucesos.

Malos ciudadanos, bandidos, gente perdida, criminales, etc., suelen ser los calificativos al uso por parte de gobiernos constituídos cuando se trata del enemigo político que por actos de fuerza pretende derrocarlos.

Llámeseles como quiera, el movimiento parece que ha tenido relativa importancia, y no es de presumir que bajo la bandera del robo y el asesinato puedan reunirse elementos suficientes para atacar y ocupar varias poblaciones y para obligar al gobierno á poner en acción tropas y solicitar además el apoyo de las autoridades yanquis fronterizas. El comandante militar del Estado de Texas recibió de Wáshington orden de situar fuerzas en todos los puntos de la frontera en que lo considerase necesario, con lo que los Estados Unidos podían contribuir eficazmente á restablecer la tranquilidad pública en las comarcas invadidas por los insurrectos. Sin embargo, el gobierno mexicano no está satisfecho de la conducta seguida por las autoridades del Estado de Texas, y hubo rumores de que iba á pedir el castigo de los funcionarios de dicho Estado por haber consentido que los bandidos, insurrectos ó revolucionarios celebrasen sin obstáculo alguno las reuniones en que concertaron el plan de invasión de México.

Alguna duda expresábamos en la *Revista* anterior con la frase «allá veremos,» final del párrafo en que se consignaban los propósitos de armonía y paz perpetua que tienen ó declaran tener los actuales gobernantes de las Repúblicas centro-americanas. Y fundamento había, ciertamente, para poner en tela de juicio la posibilidad de que tales propósitos pudieran cumplirse. Ya por entonces se preparaba el general Bonilla para atacar á Dávila, el presidente de Honduras, y las Repúblicas vecinas, El Salvador y Nicaragua, apoyaban, si no de modo ostensible, por medios indirectos, la primera á Bonilla y la segunda á Dávila. Las últimas noticias dan por fracasada la tentativa revolucionaria que inició el general Bonilla.

Otro hecho muestra que no son tan cordiales como se pretende que lo sean las relaciones entre algunas de las Repúblicas que pactaron los convenios de Wáshington en diciembre último. Un agente confidencial de Honduras en Guatemala, el Sr. Oquelí Bustillo, se vió maltratado por la prensa, y como allí, según el mismo Sr. Oquelí, «no hay una sola hoja periódica que sea independiente, y nada insertan sin orden expresa del Poder ejecutivo y con instrucciones terminantes del mismo,» comprendió que su misión de paz y concordia ofrecía dificultades insuperables y decidió regresar á su país sin avistarse con el presidente de Guatemala, que con uno ú otro pretexto iba aplazando las conferencias. Pero cuando iba á embarcarse en San José, el comandante del puerto, alegando orden superior, le prohibió ir á bordo. Tuvo que volver á la capital, y á los pocos días tomó la determinación de asilarse en la Legación mexicana, «no por miedo, dice, sino porque deseaba evitar un ataque brutal que comprometiera la dignidad de Honduras.»

Por aquellos días ocurrió el atentado contra la vida del presidente de Guatemala Sr. Estrada Cabrera, y la situación de Oquelí se agravó, porque la prensa le suponía comprometido en el suceso, haciendo correr la especie de que, por comisión del presidente de Nicaragua, Sr. Santos Zelaya, había llevado 80.000 dólars para repartirlos entre los ejecutores del plan de asesinato. Fueron presos amigos y deudos de Oquelí, y aun se trató de prender á éste. Gracias á las gestiones de los ministros de México y Estados Unidos pudo el agente hondureño salir de Guatemala.

Hacemos relación de estos hechos para que se comprenda bien cuál es el estado de ánimo de los gobernantes y políticos centro-americanos. Viven en permanente zozobra, consecuencia de los celos y desconfianzas que unos tienen de otros. La misión confidencial de Oquelí debió ser contrariar los manejos de los emigrados hondureños que preparaban la revolución; pero Estrada Cabrera no se hallaba propicio á dar buenos oídos á las proposiciones de aquél, y ni escucharlas quiso. Su rival más temido es Zelaya, que dió al traste con la presidencia del general Bonilla en Honduras; supone que son hechura de aquél los actuales gobernantes hondureños, y le conviene más apoyar á los adversarios de éstos.

Así se ve como las ambiciones ó la soberbia de los jefes de Estado que ahora imperan en esas Repúblicas contrarrestan cuantos esfuerzos se vienen haciendo para realizar la unión ó confederación á que aspiran los pueblos centro-americanos.

Ha sido elegido presidente de la República de Panamá D. José Domingo de Obaldía. A última hora se retiró el Sr. Arias, y gracias á ello fueron las cosas del mejor modo posible.

Obaldía es hombre de sesenta y tres años de edad; había sido gobernador de provincia y diputado al Congreso Nacional cuando Panamá pertenecía á Colombia. Como diputado, fué uno de los más resueltos defensores del tratado Herrán-Hay para la construcción del canal de Panamá, y no vaciló en declarar que si el tal tratado no se aprobaba, el Istmo se separaría de Colombia. El primer gobierno del nuevo Estado le nombró su enviado extraordinario y ministro plenipotenciario en Wáshington; fué después presidente interino de la República durante la ausencia del Sr. Amador Guerrero.

El presidente de Colombia, general Reyes, ha recorrido las provincias del litoral y el departamento de Antioquía, informándose así personalmente de la situación y necesidades de los pueblos. El 20 de mayo regresó á Bogotá, donde hizo aparatosa entrada.

La jira presidencial será fructuosa para el país. Ha tenido por objeto estudiar en la costa atlántica y otros departamentos los ramos de la agricultura y otras industrias que pueden explotarse con mayores ventajas para mejorar lo más pronto posible la mala situación económica de Colombia. Los resultados han superado á las esperanzas. «Creo—decía Reyes en uno de sus discursos—que soy uno de los colombianos que más han recorrido el país, y os confieso que lo que he encontrado en nuestra costa atlántica es tan exuberante y grande, que verdaderamente no he podido explicarme por qué los colombianos no se han unido y esforzado para explotar tanta riqueza como allí hay, y que si se beneficiara juiciosamente haría de nuestro país el más importante de la América del Sud.» Cita el presidente el ejemplo dado por el Sr. Carlos Vélez, quien en menos de catorce meses ha descuajado selvas primitivas en las cercanías del dique de Cartagena, en medio de un desierto, y las ha convertido en inmensas sementeras de caña de azúcar que hacen horizonte, porque miden no menos de dos mil fanegadas; ha abierto un canal de un kilómetro de longitud y ha construído un ferrocarril de tres kilómetros; ha levantado un amplio edificio y ha expuesto un capital de un millón de dólars en el establecimiento de un gran ingenio central. Obra de un solo colombiano, que la ha acometido en la confianza de que ya los héroes de las guerras civiles no podrán destruir esas riquezas.

Muy pocos días antes del regreso del presidente á la capital, el 17 de mayo, hubo fiesta en la casa-legación de España para solemnizar el natalicio de don Alfonso XIII. Allí acudió lo más selecto de la sociedad de Bogotá, y en nombre del presidente de la República el ministro de Relaciones exteriores señor Urrutia dirigió al ministro de España elocuente saludo, no como mera fórmula diplomática, sino como expresión de calurosas afecciones que en el espíritu colombiano emanan del sentimiento mismo de la patria. «Cuando volváis á España—exclamaba Urrutia dirigiéndose al Sr. Carrere—decid á vuestro rey: «Señor, no es verdad que el sol de España se haya ocultado en sus dominios; allende el Océano seguimos señoreando grandes pueblos con el magnífico señorío de nuestro pasado indeleble, y en ellos vive, fecunda, inagotable, la vida de España.»

El 18 de junio se inauguró el ferrocarril de Guayaquil á Quito. Son 521 kilómetros de vía férrea que va remontando la zona andina para llegar hasta la capital de la República; alcanza altitudes, en el Páramo del Chimborazo, de más de 4.000 metros. La ingeniería ha tenido que hacer verdaderos alardes de audacia para subir y cruzar por aquellas enormes moles montañosas, y los capitalistas (ingleses y yanquis) que acometieron la difícil empresa han gastado en ella 25 millones de pesos. Pero la gran importancia que este ferrocarril tiene para la República ecuatoriana compensa con creces cuantos sacrificios se han hecho; á lomo de caballería y durante dos semanas había que subir antes desde la costa hasta Quito; en poco más de 30 horas pueden llegar ahora viajeros y mercancías hasta la capital de la República.

El telégrafo sin hilos funciona ya á través de las selvas de la América meridional. Habían fracasado las varias tentativas hechas para establecer, por los bosques de países tropicales, ese medio de comunicación telegráfica: el Perú lo ha conseguido. Lima é Iquitos, separadas por una distancia de 2.000 kilómetros, en la que hay altas cumbres, ríos caudalosos, selvas extensísimas, pueden comunicar directamente por el nuevo procedimiento telegráfico. Es Iquitos el principal puerto que el Perú tiene en el río Amazonas, y el centro de vasta y rica comarca donde las explotaciones forestales, la agricultura y el comercio van tomando extraordinario desarrollo. Tiene, pues, gran valor desde los puntos de vista económico y político el hecho de que la capital de la República pueda ponerse al habla con la que hoy por hoy cabe ya considerar como la capital del Oriente peruano.

Triunfó la revolución en el Paraguay. Fué un pronunciamiento: las tropas sublevadas dieron la batalla á las leales en las mismas calles de la capital. El presidente Ferreira y sus ministros se refugiaron en la legación argentina; desde ella enviaron sus renuncias á los vencedores, y púsose al frente del gobierno el vicepresidente de la República Dr. Emiliano González Navero, que formó ministerio, disolvió las Cámaras y declaró, como medida de precaución, el estado de guerra.

¿Cuál ha sido la causa de la revolución? Probablemente una escisión del partido liberal, que es el dominante. Los de ideas más radicales dieron en decir que el general Ferreira se mostraba algo retrógrado, y los codiciosos del poder y de cargos públicos aprovecharon la ocasión para sacar de los cuarteles algunos regimientos. Conseguido el propósito, todo ha quedado en calma por ahora.

R. Beltrán Rózpide.

Para dar al cutis frescura seductora y suave aterciopelamiento, las parisienses usan la

CREMA DE SIVA

la mejor, la más útil y la más agradable de las cremas conocidas; la que ha sido adoptada por las elegantes de la alta sociedad mundana.

COMPAÑÍA DE LOS PERFUMES ORIENTALES. 57, RUE SAINT LAZARE, PARÍS. – De venta en todas las buenas perfumerías.—Depositario en España: Pérez, Martín, Velasco y C.ª.—Madrid.

LA MADRE (1), cuento de Enrique Datin. Dibujo de Calderé

—¡Ah, con toda el alma!, exclamó la madre...

Nada hay comparable con el corazón de una madre; de ello es prueba la siguiente historia que en toda la Armórica se considera como cierta.

En el departamento del Finisterre, no lejos del pequeño lago de Huelgoat, cuyas límpidas aguas, al salir de él, se precipitan agitadas por entre un montón de rocas caóticas, álzase la quinta del conde de Kermendy, en donde agonizaba el primogénito, el heredero del nombre.

Con la cabeza caída sobre la almohada, rodeados los ojos de un círculo amoratado, pálido, debilitado por la enfermedad y con la mirada vaga, yacía Juan Kermendy; su pulso era cada vez más lento; el instante supremo se acercaba.

El conde de Kermendy, que no podía soportar ya por más tiempo aquella escena angustiante, bajó al jardín, dejando al enfermo al cuidado de sus dos hermanas y de su madre.

Brillaba la luna en un cielo sin nubes, y el aire de la noche, refrescando su frente, imprimió otro rumbo á sus tristes pensamientos.

De pronto, al doblar una avenida, surgió delante de él una mujer envuelta en largo velo que con voz cavernosa le dijo:

—¿Me conoces?

—No.

—Soy la Muerte y vengo en busca de alguien de tu familia.

—¿Mi hijo?

—El ó cualquier otro, lo mismo me da.

—¿Te bastaría, pues, una sola víctima?

—Sí.

—En este caso tómame á mí, exclamó el padre espontáneamente.

Pero al ver que la Muerte extendía su mano encorvada para cogerle, echóse hacia atrás; en su espíritu habíase operado una reacción repentina.

«¿Por qué él, lleno de salud, de energía, de vigor, había de sacrificar su vida por su hijo, minado por la enfermedad que lo dejaría enclenque y débil, é imposibilitado, por ende, de procrear retoños sanos y robustos?.. Por otra parte, ¿quién sabe si Dios le reservaba otro heredero de su nombre?»

Razonamiento evidentemente capcioso y sugerido por el miedo, pero humano.

Y sin perder de vista á la Muerte, que permanecía inmóvil bañada por la luz de la luna, volvióse á la quinta y entró de nuevo en el cuarto del enfermo, á cuyo lado estaban la madre y las hermanas en la misma actitud en que él las dejara.

La mayor de éstas, no pudiendo contener por más tiempo sus lágrimas, salió de la habitación, y al llegar al jardín vió delante de ella al fantasma.

La señorita Marivonick de Kermendy, atemorizada por aquella aparición, quedóse inmóvil mientras la forma blanca avanzaba con paso de autómata y le decía:

—Nada temas; no es á ti á quien busco.

—¿Pues á quién?

—A tu hermano.

—¡Ah!

—Sí, porque necesito un individuo de tu familia.

—¿Y por qué él y no otro?

—No tengo preferencia por ninguno, así es que si tú quieres seguirme, él se salvará.

La joven amaba á su hermano, que representaba á la familia y se había mostrado siempre con ella bueno y cariñoso... Pero también amaba la vida, y en un rápido momento de lucidez vislumbró su boda con su primo Max de Kergoet, los venturosos días de ese enlace y sus goces puros de madre de familia, y seducida por tan encantadora perspectiva, volvió al cuarto del enfermo lanzando un suspiro hondo, pero sin la menor vacilación.

Apenas instalada nuevamente á la cabecera del lecho del moribundo, levantóse su hermana menor Ivona de Kermendy, la cual, presa de emoción intensa y llenos de lágrimas los ojos, abandonó la estancia para substraerse por un momento al conmovedor espectáculo.

Así que estuvo en el umbral de la puerta del patio divisó al espectro y se detuvo asombrada.

—No se trata de ti, sino de tu hermano, díjole la Muerte con lento ademán.

—¡De mi hermano!..

—Sí, á no ser que quieras ponerte en su lugar.

—¿Quién es usted?

—Soy la Muerte, respondió el fantasma con pausado acento.

—No quiero morir tan pronto, dijo apresuradamente Ivona. Apenas entro en la vida, pues el mes pasado cumplí quince años; de la existencia conozco tan sólo los placeres y las alegrías, y el porvenir se me anuncia lleno de promesas... Que cada cual cumpla su misión en la tierra; déjame á mí cumplir la mía.

—¿De modo que te niegas?

—Me niego, contestó resueltamente la joven.

Y sin volver la cabeza entró de nuevo en la casa.

La madre, que desde hacía muchas noches velaba á su hijo, había perdido toda esperanza ante los progresos constantes del mal; pero, á pesar de las tristezas de su corazón angustiado, conservaba el semblante sereno á fin de ocultar á los demás sus inquietudes. En un momento dado, sin embargo, sintió que los sollozos acudían á su garganta y amenazaban ahogarla; pero haciendo un esfuerzo supremo, logró contenerlos, y dirigiendo al moribundo una última mirada en la cual se desbordaba su profunda tristeza, encaminóse á su vez hacia la escalera.

El aire puro de la noche refrescó su frente calenturienta, dándole una sensación de bienestar. El astro nocturno inundaba con sus oleadas de luz las altas frondas del parque sembrando á trechos el suelo de plateadas manchas.

Pocos metros antes del oquedal, aparecióseles, erguida é inmóvil, una forma blanca que le llamó la atención. La condesa, mujer animosa como pocas, avanzó resueltamente hacia ella, y cuando estuvo á cierta distancia, como no pudiera distinguir bien las facciones de la desconocida, le preguntó:

—¿Quién es usted?

—La que te espera.

—¿Cuál es su nombre?

—¡La Muerte!

Estremecióse la madre, y ante sus ojos se dibujó de pronto la pálida faz de su hijo.

—¡Mi pobre Juan!, murmuró con voz apenas perceptible.

—De ti sola depende que se salve.

—¿Cómo?

—Muriendo en vez de él.

—¡Ah, con toda el alma!, exclamó la madre en un arranque soberbio de abnegación.

—Pues entonces, disponte á seguirme.

—¿Y mi hijo vivirá?

—Te lo prometo... Y puedes dar crédito á mi palabra jamás quebrantada.

—Acepto el trato; pero concédeme tan sólo veinte minutos para despedirme de los míos.

—Te concederé más si quieres.

—No, espérame.

—Vé.

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des Gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

La condesa, como si se hallase libre de un gran peso, radiantes de satisfacción los ojos, transfigurado el semblante, penetró en el cuarto de su hijo, y cuando estuvo cerca de éste díjole con su voz más dulce:

—¡Animo, hijo mío! Ha terminado el tiempo de tus sufrimientos y pronto recobrarás la salud.

La mirada del enfermo revelaba claramente su ansiedad.

—Tengo la seguridad de lo que te anuncio; hace un momento he adquirido la certeza de ello.

Al oir estas palabras, el padre y las dos hijas tuvieron un estremecimiento de terror; á los tres se les había ocurrido la misma idea. ¿Tendría aquella afirmación alguna relación con el fantasma? En tal caso, ¿habría aceptado la madre la proposición de la Muerte y se habría prestado á substituir á su hijo? ¡A no ser que aquellas palabras se las dictase su confianza absoluta en la Virgen, tantas veces invocada!

La condesa, tranquila y con la sonrisa en los labios, añadió:

—Bésame, hijo mío, y ten esperanza.

Y luego volviéndose á sus hijas y á su esposo, les dijo:

—Besadme vosotros también y confiad, que Dios todo lo puede.

Después de haberles estrechado efusivamente entre sus brazos, la señora de Kermendy, tranquila, serena, encaminóse de nuevo al parque.

El fantasma continuaba en el mismo sitio, en el centro de la grande avenida; la condesa se dirigió hacia él, pero el espectro al verla salió á su encuentro.

—Mi hermana, le dijo, no acepta tu sacrificio.

—¡Ah!, exclamó la madre turbada.

—Así me ha encargado que te lo dijera.

—¿Y quién es usted?, preguntó la señora de Kermendy, al ver el rostro del fantasma, cuya juventud tanto contrastaba con el de la Muerte.

—Soy la Vida.

Y añadió, después de una pausa:

—Mi hermana, la Muerte, enternecida por tu valor y por tu abnegación sublime, renuncia á llevarse á tu hijo, y en recompensa de tu heroísmo, te traigo la curación del primogénito de tu raza y la seguridad de luengos años de salud.

Dicho esto, el fantasma se desvaneció como leve humo y desapareció entre las copas de los árboles, envuelto en un rayo de luna.

Estatua modelada por Javier Duniowski

NUEVO PALACIO DE JUSTICIA EN BARCELONA

(Véanse los grabados de las páginas 528 y 529)

Se levanta este edificio sobre una manzana del Ensanche de Barcelona, de 113 metros de longitud por 78 de latitud, limitado por el Salón de San Juan, á la que corresponde su frente, y por las calles de Almogávares, Roger de Flor y Pallars.

Consta de semisótanos y planta baja, primero y segundo pisos. En la planta baja, inaugurada en 1898, se hallan los despachos de once jueces de primera instancia, con treinta escribanías anexas, sala de subastas, gabinete para médicos forenses, despacho para jueces especiales, retén de guardia civil, portería y anchos y ventilados calabozos. La planta baja del cuerpo central, constituída por un gran salón y dos galerías laterales, servirá de sala de notificaciones para los procuradores judiciales.

Se destinan las plantas de primero y segundo piso al servicio de la Audiencia.

Por medio de una escalera monumental que se abre en el centro de la fachada al Salón de San Juan, se llega á unas amplias galerías que dan acceso al gran vestíbulo ó salón principal del edificio, que los franceses llaman *les pas perdus*, y desde él puede llegarse á todas las dependencias; y junto con otro salón semicircular que tiene anexo en su extremo posterior y con el cual puede unirse siempre que se quiera corriendo una gran puerta que los separa, puede llenar las necesidades de gran salón de fiestas ó habilitarse, para el caso de ser necesario, para celebrar juicios orales de gran concurrencia.

Así la escalera principal como el gran salón presentan la novedad de aparecer al descubierto decoradas las arcuaciones de hierro armado que sostienen sus cubiertas, dando á las mismas un carácter de ligereza y grandiosidad sumamente notable y característico de la arquitectura moderna, que tiene por ideal acusar siempre los materiales de que se sirve para llevar á cabo sus concepciones.

Completan el decorado del gran salón unas esbeltas columnas de mármol rojo, que sirven de apoyo á las arcuaciones de hierro, mosaicos venecianos en los tímpanos de otras jácenas parabólicas que sostienen los paramentos laterales del mismo, aligerados notablemente con numerosos ventanales de dibujo muy elegante y apropiado, faltando sólo para completar la totalidad de esta dependencia la colocación de pinturas murales en sus testeros, que está preparando el conocido artista Sr. Sert.

Desde este salón puede pasarse á los dos cuerpos de edificio Norte y Sud, que con el central completan el Palacio de Justicia.

En el primero hay establecidas cuatro salas de lo Criminal y dos para lo Civil. De las primeras, dos son de grandes dimensiones, con altura apropiada (unos 12 metros), y otras dos más reducidas, pero con luces laterales y cenitales y con grandes ventanales para la renovación del aire. Las salas de lo Civil se hallan situadas en el centro de la fachada principal del cuerpo Norte y están decoradas en sus paramentos con tapices que fueron de la antigua Audiencia, convenientemente restaurados, que comunican á dichas salas un aire de riqueza y suntuosidad.

Además de salas destinadas á los Jurados, á testigos, á despachos de relatores y otras dependencias auxiliares, cabe mencionar un precioso salón destinado á biblioteca, la sala de togas y otra de magistrados. En el techo de la Biblioteca es donde han de colocarse los plafones decorativos pintados á tal objeto por el Sr. Llimona.

Pasando al cuerpo Sud, encontramos en él los despachos del señor fiscal con antesala para oficiales, del teniente y abogados fiscales, la secretaría con el despacho del señor secretario, despacho del señor presidente con antedespacho y salón de conferencias, y así se llega á la escalera particular para el señor presidente, que da acceso asimismo al piso segundo, donde tienen habitación el señor fiscal de S. M., el señor secretario de la Junta de Gobierno y otros empleados de categoría inferior. La habitación del señor presidente se desarrolla en el ángulo Sud del edificio, y junto á ella hay dos grandes salones destinados al Colegio de Abogados.

Anexo á las habitaciones del señor presidente se ha dispuesto un oratorio con entrada general desde la galería destinada al público, en donde puede admirarse un retablo de forma bizantina que el notable pintor Sr. Simonet ha completado con un trabajo que representa á Jesús en el momento de dirigir la palabra á su pueblo.

Desde el punto de vista artístico puede afirmarse que en el Palacio de Justicia de Barcelona se habrá reunido cuanto hoy representa en nuestra capital el mayor grado de adelanto en las artes arquitectónica, escultórica y pictórica, completándose una á otra mutuamente, pues los arquitectos, al concebir su proyecto dentro de un estilo que podríamos calificar de bizantino moderno, cuidaron de que en sus fachadas abundaran los altos relieves y las estatuas monumentales (hay 22 de los primeros y 48 de las segundas), que fueron encomendados á los más distinguidos escultores; y luego en el decorado interior de los grandes salones y vestíbulos han procurado decorar sus paramentos con producciones pictóricas de Casas, Llimona, Sert, Simonet, Mestres, Monserrat y Mas y Fondevila.

La sucesiva gradación en la altura de los cuerpos de edificio que constituyen la parte central del Palacio, contribuye á darle carácter monumental y sirve de complemento á los remates pétreos de las ocho torres angulares de los cuerpos Norte y Sud.

Destácase en primer lugar el pórtico de entrada, de forma nueva, en cuyo centro se dibuja el grandioso escudo de España y en su parte alta descansa el grupo escultórico, obra de Querol, formado por las estatuas de Moisés, del Trabajo y del Derecho. Grandes arcuaciones de hierro laminado con cartelas forjadas del propio metal sostienen la grandiosa cubierta de cristales de colores que cobija la gran escalera de honor; sigue el gran salón de actos, aislado de los cuerpos Norte y Sud, y con un gran rosetón de piedra calada en el centro de su fachada principal se completa el decorado de esta última. Grandiosos cornisamentos le dan remate, y por último en tercer término sobresale un cupulín que se levanta sobre la cúpula del salón absidal, y que con sus elegantes líneas y su esbelta bóveda de forma parabólica rodeada en su base con un rico cornisamento á manera de corona ducal y en su remate con un grandioso floreo de hierro forjado, viene á servir de digno y monumental coronamiento al edificio.

El nuevo Palacio de Justicia es una construcción grandiosa, elegante, verdaderamente monumental, que ha merecido con razón los elogios de cuantos artistas visitan nuestra ciudad.

Los Sres. Doménech Estapá y Sagnier han realizado una obra bajo todos conceptos notable, que viene á aumentar la ya larga lista de los edificios bajo su dirección construídos. Reciban nuestra más entusiasta y cordial felicitación.—T.

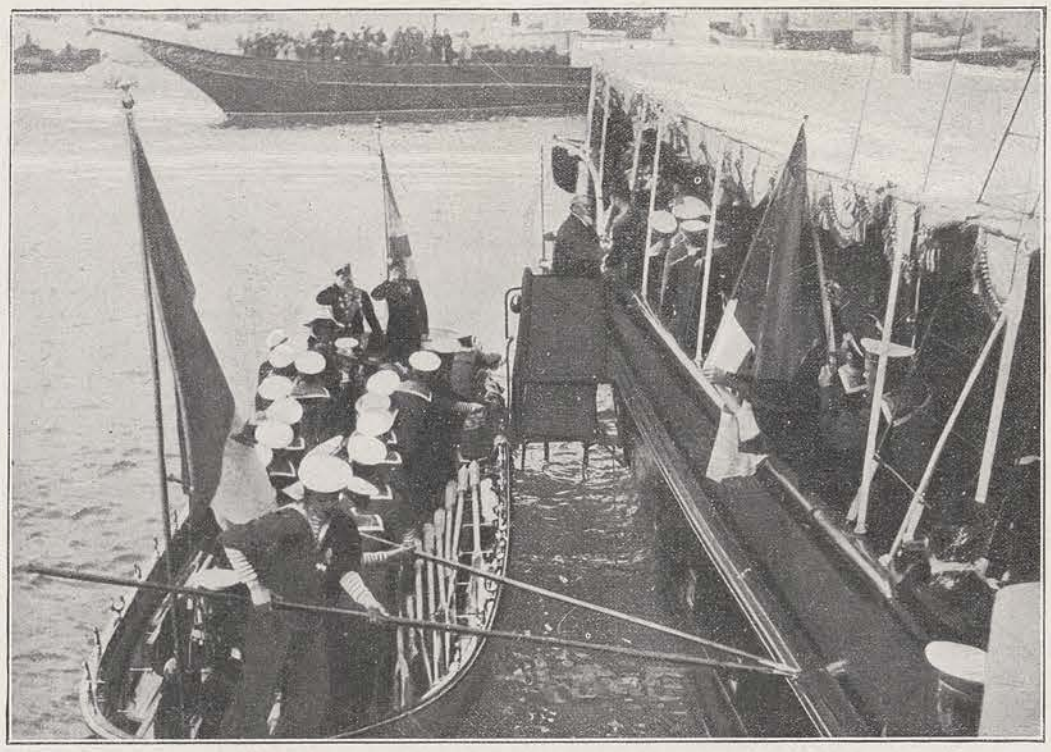
MAGDA, cuadro de F. Wobring. (Copyrigh 1907 by Franz Hanfstaengl, Munich.)

VIAJE DE M. FALLIERES A LAS CORTES DEL NORTE DE EUROPA

Desde Estockolmo dirigióse la división naval francesa al puerto ruso de Revel, adonde llegó á las primeras horas de la tarde del 27 de julio último. Una lancha del yate imperial *Standart,* que llevaba al almirante Dykoff, acercóse al *Verité;* embarcado en ella, M. Fallieres pasó al yate á saludar á los emperadores y regresó al acorazado francés, en donde poco después recibía la visita del tsar Nicolás II y de la tsarina Alejandra, en cuyo honor habíase dispuesto un almuerzo. Terminado éste, los dos jefes de Estado conferenciaron solos por espacio de tres cuartos de hora, retirándose luego los soberanos rusos.

Por la noche asistió el presidente al banquete de gala dado en su obsequio en el *Standart,* y ocioso es decir que al final cambiáronse afectuosos brindis, en los cuales se aludió á los estrechos vínculos que unen á Rusia y á Francia y se hicieron votos por la consolidación de la paz.

A la mañana siguiente, los Sres. Mollard y comandante Keraudren pasaron al *Standart* para entregar á la emperatriz dos preciosos jarrones de plata y á sus hijos magníficos juguetes, en nombre del presidente. Al mediodía almorzó éste á bordo del yate imperial, haciendo luego oficialmente entrega de aquellos presentes; después el emperador, acompañado de M. Fallieres, visitó detenidamente el acorazado francés *Dupetit-Thouars,* cuya tripulación revistó, y á su vez el presidente visitó el acorazado ruso *Cesarevitch,* haciéndole allí los honores Nicolás II.



En Revel. – El tsar Nicolás II recibe á M. Fallieres á bordo del yate *Standart*
(De fotografía de León Bouet, representado por Rol.)

Por la noche, los soberanos rusos fueron obsequiados con un banquete á bordo del *Verité.* Terminada la comida, y á una señal del *Standart,* todos los buques rusos se iluminaron instantáneamente, produciendo aquel conjunto de millares de luces un efecto fantástico. Al poco rato, los soberanos rusos se despidieron afectuosísimamente de M. Fallieres y dejaron el acorazado francés, que á media noche salía de la rada de Revel con rumbo á Cristianía.

La escuadra llegó á la capital de Noruega al mediodía del 31; poco después el rey Hakoón fué á saludar á M. Fallieres á bordo del *Verité,* y á las tres regresó al muelle, adonde llegó al cabo de algunos minutos el presidente. Hechas las presentaciones de rúbrica y revistada la Guardia real, el rey y M. Fallieres se dirigieron al palacio en donde se celebró el banquete de gala, pronunciándose en el momento de los brindis los afectuosos discursos acostumbrados en tales ocasiones.

Al día siguiente hubo en la legación de Francia un almuerzo con que el presidente obsequió á Sus Majestades y recepción de la colonia francesa; por la tarde, el monarca y M. Fallieres visitaron los principales museos, y por la noche celebráronse en palacio una comida íntima y un concierto.

El día 2 de este mes efectuóse una expedición á Voxenhollen, en donde se almorzó en familia, y á las tres de la tarde despidióse M. Fallieres de los soberanos noruegos y se embarcó en el *Verité* con rumbo á Dunkerque, adonde llegó el día 4 altamente satisfecho de su viaje, durante el cual ha sido objeto de las más espontáneas demostraciones de afecto y simpatía.—R.

En Cristianía.—El rey Hakoón y M. Fallieres revistando la Guardia real. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

LA TURQUÍA CONSTITUCIONAL.—Proclamación de la constitución en Salónica

Pocas veces se ha efectuado en una nación un cambio radical de régimen político de una manera tan inesperada y rápida como en Turquía últimamente. Nadie podía figurarse, hace pocos días, que el movimiento revolucionario promovido en Macedonia por el partido llamado de los «jóvenes turcos» había de traer tan pronto consigo la restauración del régimen constitucional en aquel imperio; así es que á todo el mundo sorprendió la noticia de que el sultán Abdul Hamid había, en 24 de julio último, declarado nuevamente en vigor la antigua constitución de 1876, que al ser implantada entonces sólo vivió unas semanas.

Ahmed-Riza, jefe del partido de los «jóvenes turcos» y director del periódico órgano del mismo *Mechveret*, que se publica en París.

Abdul-Hamid, sultán de Turquía

Saíd-Bajá, el nuevo gran visir de Turquía, en quien cifra sus esperanzas el partido de los «jóvenes turcos.»

Mas no se crea que el soberano turco haya renunciado por propia y espontánea voluntad al poder absoluto de que estaba investido; para conseguir su abdicación, ha sido preciso que el miedo se apoderara de Abdul-Hamid y que éste se persuadiera de que esta vez la revolución iba de veras y de que no le quedaba más recurso que ceder á las imposiciones de los revolucionarios. En efecto, ya no eran los elementos civiles los que exigían la restauración del régimen constitucional, sino que una gran parte del ejército apoyaba las reivindicaciones de los reformistas y amenazaba, en caso de que no se diese satisfacción á ellas, con intentar un golpe de mano en la misma Constantinopla. Las noticias que en el palacio imperial de Yldiz-Kiosk se recibían especialmente de Salónica y de Andrinópolis, principales focos de la insurrección, no dejaban lugar á la menor duda acerca de la gravedad y magnitud del movimiento, al cual se adherían de continuo nuevos núcleos militares.

El sultán, pues, hubo de ceder y publicar el iradé promulgando la constitución. El corresponsal de un importante diario londinense explica del siguiente modo las circunstancias en que esta resolución fué adoptada.

En la noche del 22, después de haber sido violentamente destituído el gran visir Ferid-Bajá y llamado en su lugar Saíd-Bajá, celebróse en palacio un consejo al que fueron llamados los ministros y los consejeros del sultán. La discusión fué larga y animada y parecía no haber de conducir á ningún resultado positivo, cuando el viejo astrólogo de Abdul Hamid, el jeque Adul Uda, que á pesar de hallarse gravemente enfermo, había querido asistir al consejo, tuvo el valor de pronunciar la palabra Constitución y de decir que éste era el único medio de salvar el trono. Entonces Saíd-Bajá y otros apoyaron aquella proposición, pero el consejo se separó en la mañana del 23 sin haber resuelto nada. Reunido nuevamente aquella noche, las noticias de los graves sucesos de Monastir, en donde había estallado una verdadera insurrección que las tropas imperiales habíanse negado á combatir, decidieron á los más reacios y al mismo sultán, y al día siguiente, como hemos dicho, la constitución quedó proclamada.

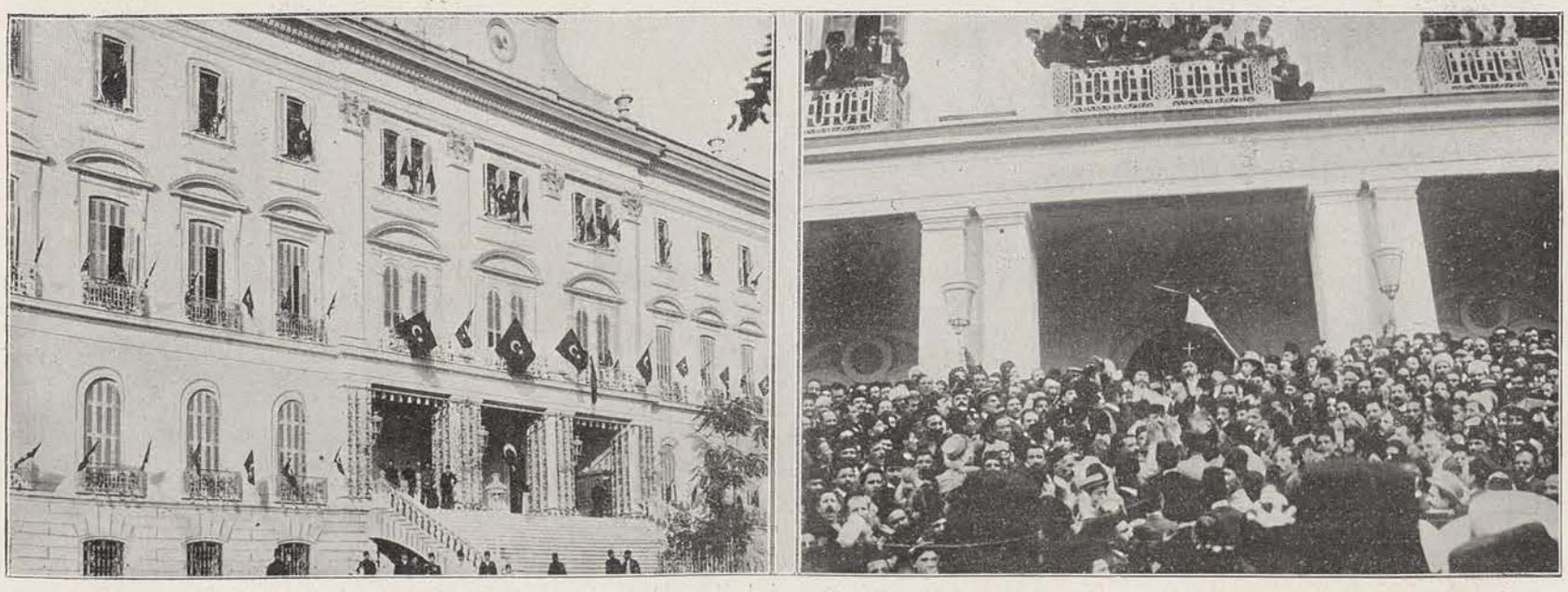
La población otomana de Salónica dirigiéndose á la estación del ferrocarril para recibir á Enver-Bey, comandante de Estado Mayor que en Revsna inició el movimiento revolucionario de los «jóvenes turcos.» (De fotografía de Carlos Trampus.)

¿Cabe sospechar de la sinceridad de Abdul-Hamid? Parece que no, porque, sean cuales fueren sus ideas acerca del gobierno de su pueblo, debe estar convencido de que hoy por hoy le interesa vivir en armonía con éste y aceptar en toda su integridad el programa de reformas de la «joven Turquía.» Además, por fuerza han de halagarle las demostraciones de entusiasmo popular de que ha sido objeto y que seguramente infundirán en su ánimo el convencimiento de que nunca está más seguro un soberano que cuando se apoya en el cariño de sus súbditos. A los dos días de proclamada la constitución, Abdul-Hamid, que desde hace treinta y dos años permanecía, por decirlo así, recluído en Yldiz Kiosk, hubo de asomarse á una de las ventanas del palacio para mostrarse á la multitud enorme que le aclamaba desde fuera. Y cuatro días después, al dirigirse á la mezquita de Hamidié para celebrar el Selamik, más de cuarenta mil personas le vitorearon.

En Salónica las manifestaciones de regocijo público han revestido proporciones más grandiosas si cabe. Uno de los héroes más festejados allí ha sido Enver-Bey, comandante de estado mayor que inició, en Revsna, la sublevación de los «jóvenes turcos.»

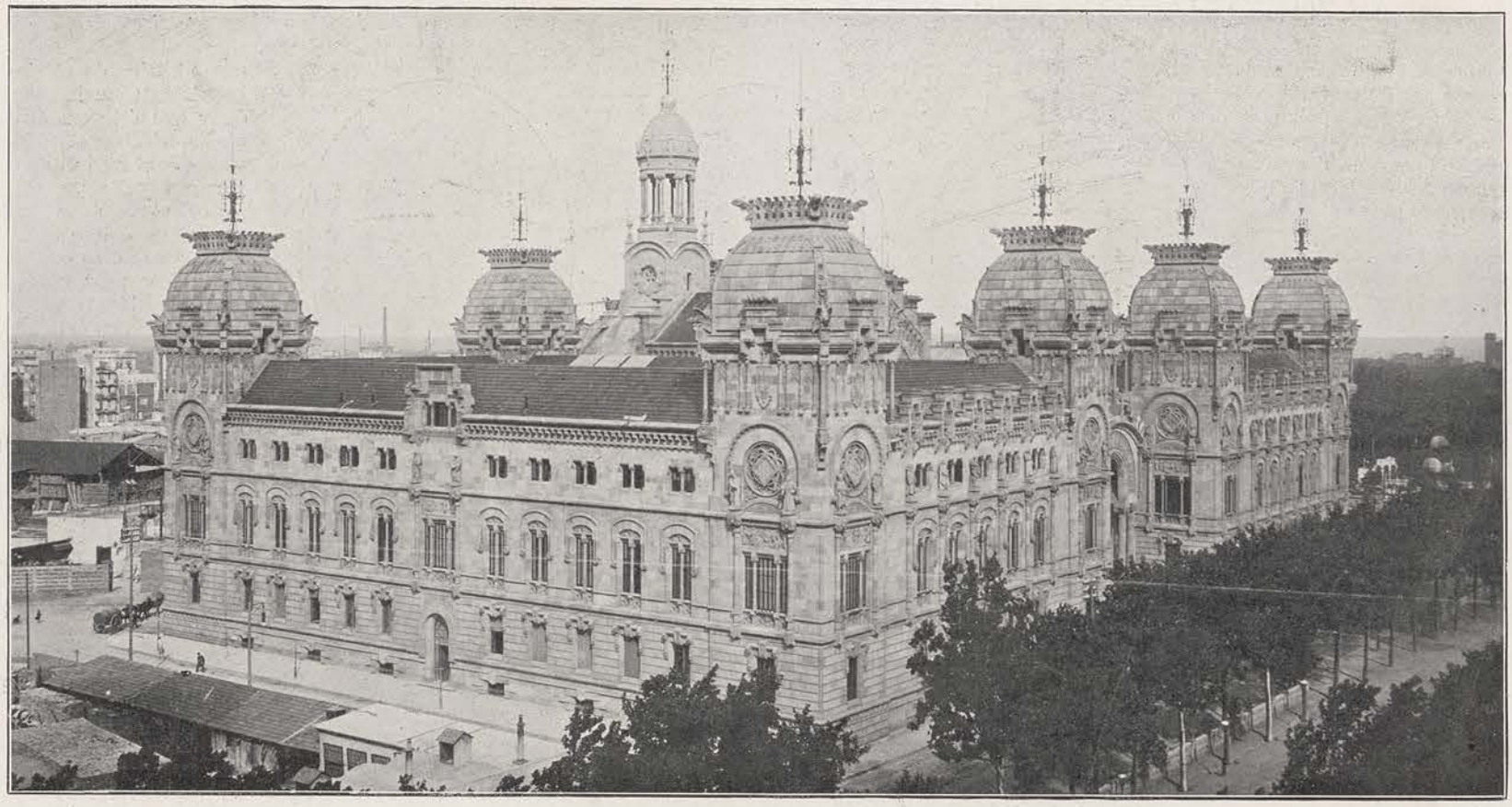
Como consecuencia de la proclamación de la constitución, se ha concedido una amplia amnistía, han sido puestos en libertad todos los presos políticos, se ha disuelto la policía secreta, se ha suprimido la censura de los periódicos y se ha ordenado que se proceda á las elecciones parlamentarias.

La «joven Turquía» ha triunfado, pues, en toda la línea, debiéndose buena parte de este triunfo á Ahmed Riza, jefe del partido, que desde hace muchos años vive emigrado en París, defendiendo con tanta tenacidad como inteligencia su causa.—S.

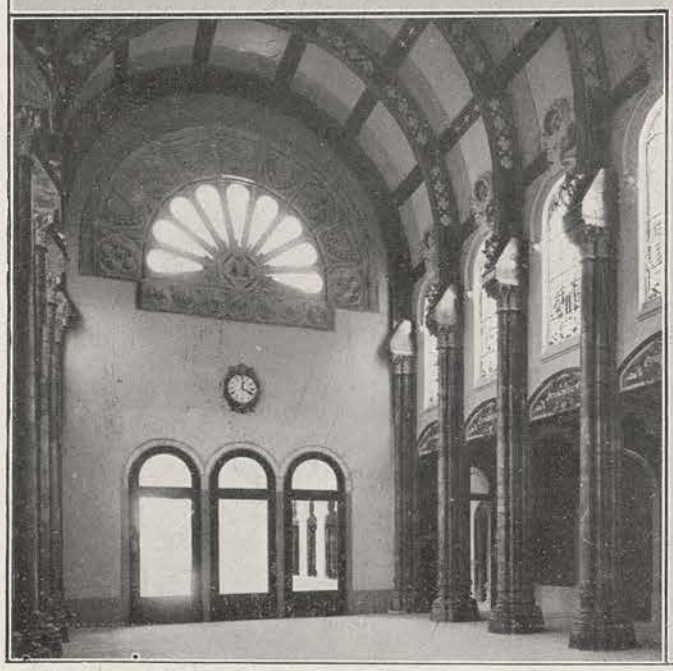


El Konak de Salónica engalanado con banderas el día de la proclamación de la constitución turca. – Hilmi-Bajá (×), inspector general de los vilayetos de Rumelia, dando lectura en el Konak al iradé imperial que promulga la constitución. (De fotografías de Carlos Trampus.)

BARCELONA.—El nuevo Palacio de Justicia, obra de los arquitectos Sres. Sagnier y Doménech y Estapá



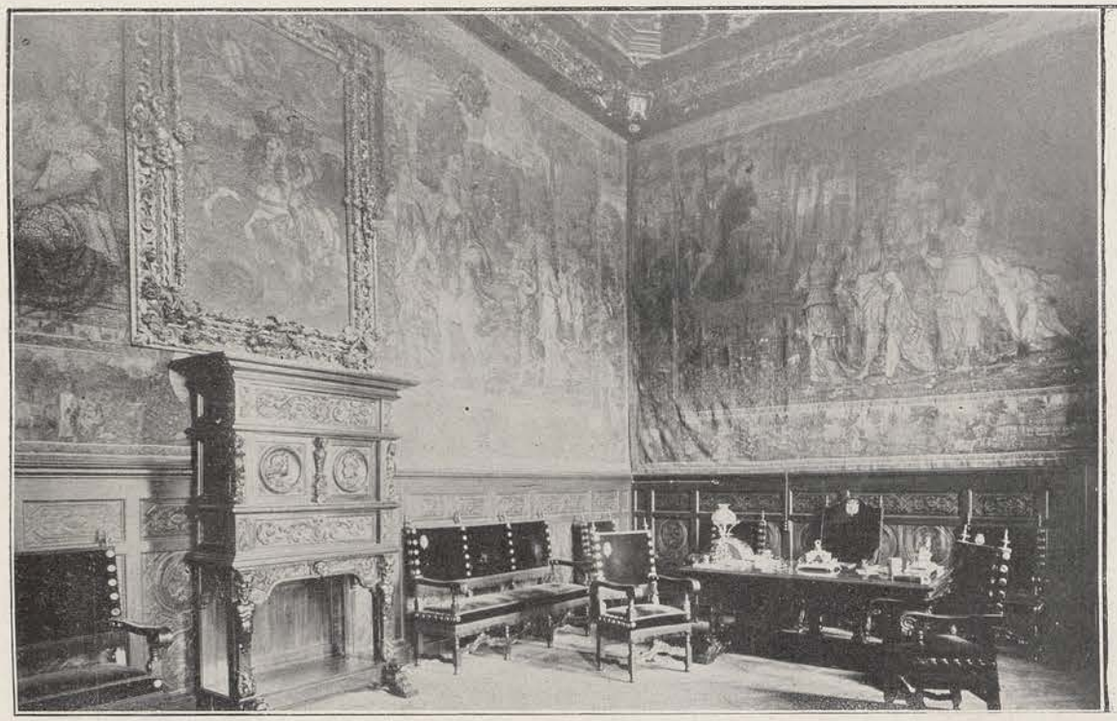
Vista general del edificio (ala lateral derecha y fachada principal)



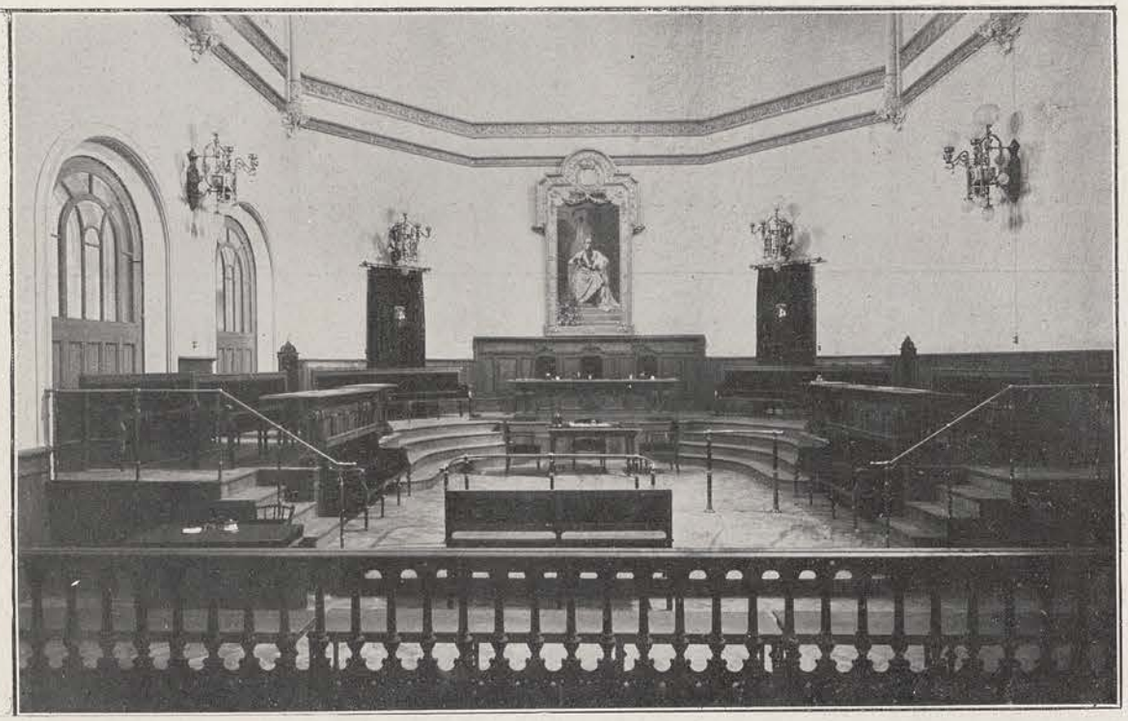
Puerta de entrada principal.—Escalera monumental.—Una de las galerías del primer piso que dan acceso al salón principal.—Capilla

(De fotografías de A. Merletti.)

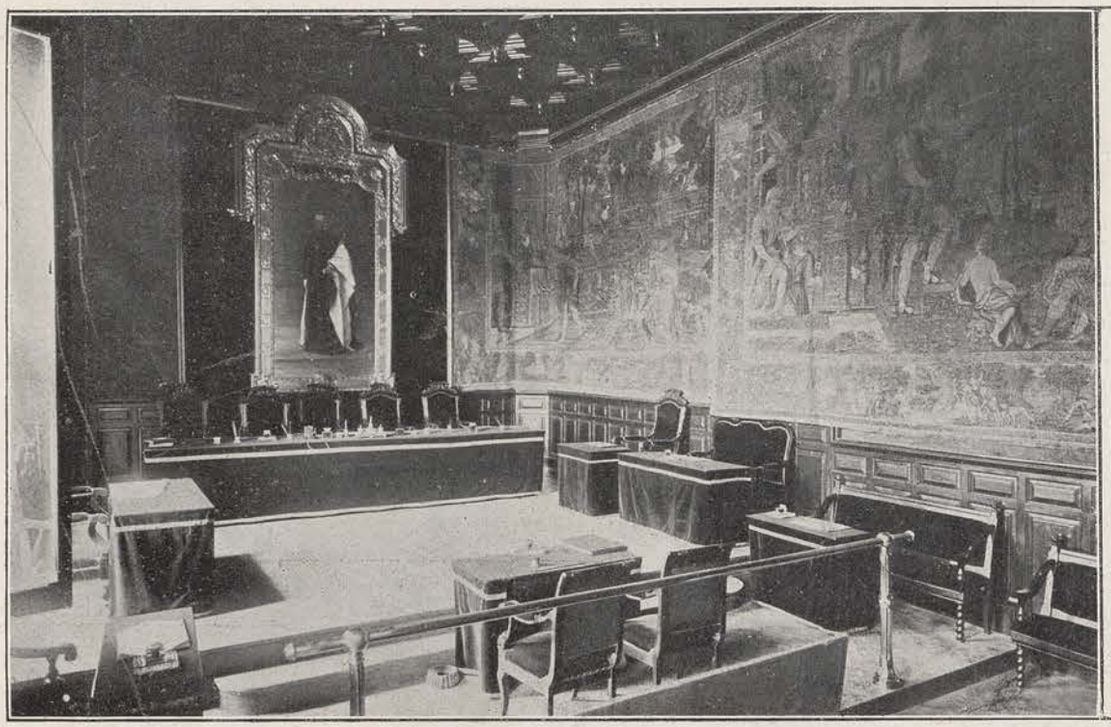
BARCELONA.—El nuevo Palacio de Justicia, obra de los arquitectos Sres. Sagnier y Doménech y Estapá. (De fotografías de A. Merletti.)



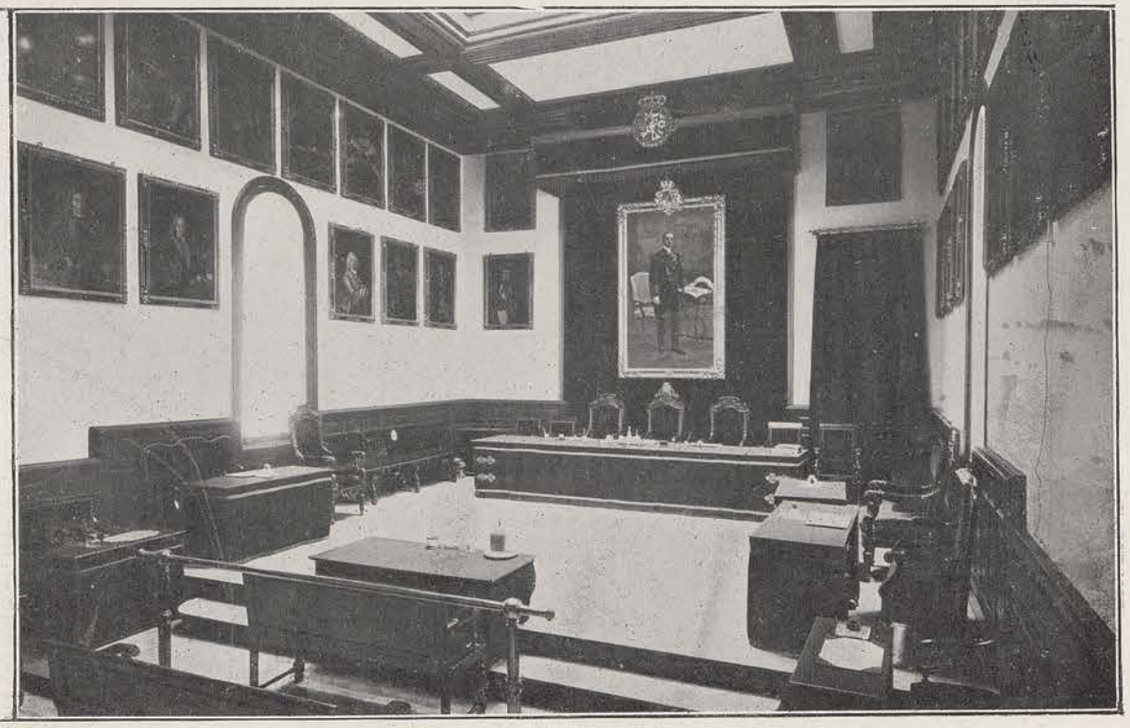
Despacho del presidente de la Audiencia



Sala primera de lo Criminal



Sala segunda de lo Civil



Sala del tribunal de lo Contencioso

LAS SUFRAGISTAS

INGLESAS

En distintas ocasiones nos hemos ocupado de ese movimiento feminista londinense que en un principio tomaron muchos á broma y que poco á poco va acentuándose de tal manera que, de seguir así, acabará por imponerse á los gobiernos de la Gran Bretaña. El *¡Vote for women!* es un grito que resuena cada día más enérgicamente y lanzado por más numerosas y más entusiastas voces; la propaganda incesante de las sufragistas va tomando carta de naturaleza y el problema del voto de las mujeres adquiriendo cada vez más derecho á figurar en la lista de las cuestiones sociales que requieren pronta satisfacción.

Las sufragistas inglesas apelan á cuantos recursos pueden para abrirse paso en el mundo político y para lograr el triunfo de sus ideales, y lo mismo exponen pacíficamente sus doctrinas en *meetings* y manifestaciones como la monstruo celebrada el día 21 de julio último en Hyde Park, de la que dimos cuenta oportunamente, que provocan colisiones con la policía, como sucedió hace cosa de dos meses cuando se presentaron tumultuosamente ante la misma Cámara de los Comunes.

A consecuencia de aquel suceso, quince sufragistas fueron condenadas á seis semanas de cárcel y hace pocos días, extinguida ya la pena, se les puso en libertad.

Aunque la hora en que se abrieron para ellas las puertas de la prisión, las seis de la mañana, era algo intempestiva, algunos centenares de personas acudieron á las inmediaciones para verlas salir de la cárcel y expresarles sus simpatías, realizándose con este motivo una manifestación cariñosa y entusiasta en favor de aquellas víctimas del deber.

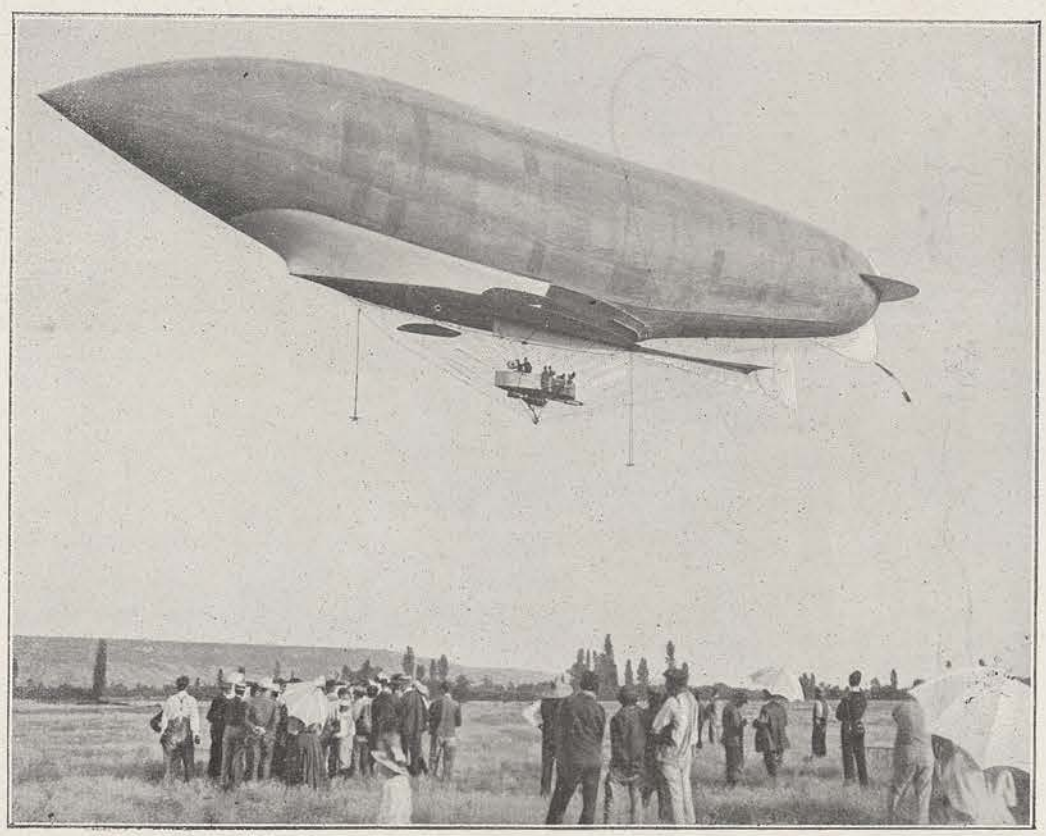
LONDRES. – Las 15 sufragistas condenadas á seis semanas de prisión por el tumulto producido delante de la Cámara de los Comunes, salen de la cárcel después de extinguida su condena. (De fotografía de World's Graphic Press.)

A juzgar por la fotografía que reproducimos, el castigo no ha abatido sus ánimos, ya que en todas ellas se advierte, además de la alegría de verse libres, la firmeza de espíritu que es patrimonio de los campeones de las más nobles causas. De fijo que ahora volverán á la lucha con mayores alientos aún que antes, y también con mayor prestigio, pues la persecución las ha adornado con la aureola del martirio, y sabido es que los mártires han sido siempre los que más rápido y sólido impulso han dado á las obras iniciadas por los apóstoles.

EL GLOBO DIRIGIBLE MILITAR FRANCÉS

«REPUBLIQUE»

Tanto como de los armamentos terrestres y marítimos preocúpanse en la actualidad las grandes potencias de los globos militares dirigibles, comprendiendo que la conquista del aire ha de dar á la que la consiga una superioridad indiscutible sobre todas las demás.



El nuevo globo militar dirigible francés *Republique*, efectuando sus ensayos en las inmediaciones del parque de Moissons. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

En anteriores números hemos hablado del *Zeppelin* y del *Nulli Secundus*, en los que tienen puestas grandes esperanzas Alemania é Inglaterra. Francia no se queda atrás, y recientemente ha terminado la construcción del *Republique* que, junto con el *Ville de Paris*, ha substituído al *Patrie*, primer aeróstato francés dirigible que se perdió prematuramente después de haber realizado las pruebas más satisfactorias.

Durante algunos días el *Republique* ha efectuado sus primeros ensayos en el parque de Moissons y en sus alrededores; pero el sábado, 1.° de los corrientes, inauguró la serie de sus salidas formales, por decirlo así, encaminándose hacia París.

Salió el *Republique* de Chalais-Meudón á las ocho y cuarto de la mañana, dirigióse en línea recta á la capital, y al hallarse encima de ella efectuó múltiples y caprichosas evoluciones con seguridad extraordinaria, regresando luego al punto de partida, adonde llegó á las nueve y media. La velocidad media alcanzada fué de 54 kilómetros por hora.

Bellas Artes.— BARCELONA. – En el concurso de dibujos y fotografías de calles antiguas que han de desaparecer con la reforma han obtenido primeros premios las acuarelas de Modesto Urgell, los dibujos al lápiz de Dionisio Baixeras, las diapositivas en cristal de Narciso Cuyás y las fotografías de Adolfo Mas; segundos premios los estudios de Juan F. Fradera, los dibujos coloridos de Alejandro Cardunets, las fotografías de Adolfo Mas, de Carlos Passos y de Miguel Matorrodona; un premio extraordinario las fotografías de José Pons y Escrigues, y accésit las fotografías de A. Mas y las acuarelas de Domingo Soler y de Joaquín Renart.

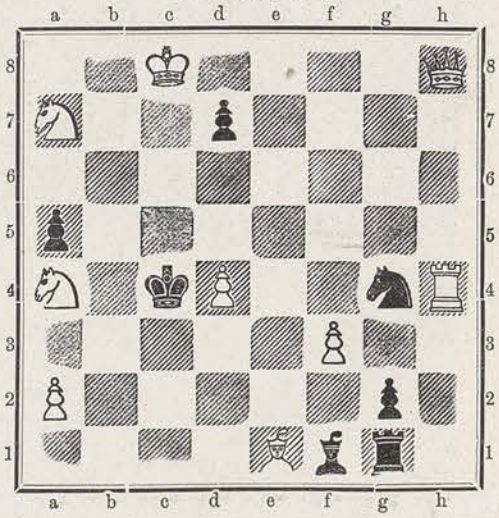
La exposición de los trabajos presentados al concurso, que se halla instalada en la Escuela Municipal de Música, es interesantísima y se ve muy visitada.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 503, POR V. MARÍN

9.° premio del Concurso *Neuen illustr. Blattes*, 1904.

NEGRAS (7 piezas)



BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 502, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. D h 3 – f 1	1. T a 1 × f 1
2. C d 8 – f 7 jaque	2. R d 6 – c 5
3. A b 8 – a 7 mate.	

VARIANTES.

1..... R d 6 – c 5; 2. D f 1 – f 2 jaq., etc.
R d 6 – e 5; 2. D f 1 × a 1 jaq., etc.
T f 5 – f 4; 2. C c 7 – e 6 jaq., etc.
C g 7 – e 8; 2. C d 8 – f 7 jaq., etc.
T f 5 × b 5; 2. D f 1 × b 5, etc.
T f 5 × f 6; 2. C c 7 – d 5 jaq., etc.
Otra jug.ª; 2. C d 8 – f 7 jaq., ó C c 7 – e 6 jaq., etc.

EL HEREDERO

Novela inglesa original de Sydney C. Grier.—Ilustraciones de G. P. Jacomb-Hood. R. I.

(continuación)

¿No le gusta á usted, señora?.. Tal vez poniéndolo á la luz conveniente...

Después de una breve pausa, continuó el señor Kirileff:

—Yo por mi parte expondré con todo el calor posible la conveniencia de que vuelva pronto, y usted debe hacer cuanto pueda para convencerla de que escriba una carta de arrepentimiento y sumisión; eso contribuiría mucho á que todo se allanase. No siendo en un convento, y yo no la mandaría á ninguno fuera de Escitia, en ninguna parte está más segura que al lado de usted.

—¿Y no habría bastante con que firmara la carta que nosotros le presentaríamos ya escrita?

El Sr. Kirileff dijo que no con la cabeza.

—Parecería muy poco formal. No, debe ser toda de su puño y letra. Yo tengo mucha confianza en los consejos de usted. Recuérdele constantemente el peligro y la deshonra de que la hemos librado, y hágale comprender que su porvenir depende de que consiga congraciarse con la corte. Una sola advertencia más tengo que hacerle. No trate usted de hacer pasar al joven Smith por un conspirador, ni de dar á entender que sea otro su propósito que el de contraer el más lícito y burgués de los matrimonios. Con sólo verle la cara una vez, ya queda uno convencido de que es incapaz de nada que se parezca á artificios ni intrigas de ninguna clase. Tenga usted presente que es un ciego instrumento en manos del implacable Panagiotis, que no perdona á nadie que pueda ser un obstáculo para sus planes.

—Lo tendré muy presente, dijo la dama sonriéndose. La opinión de usted de que la princesa se dejará persuadir fácilmente, me da mucho ánimo.

—Lo creo, y comprendo también que es preciso no dejarla que cambie de su actual modo de pensar. Yo mismo noté en ella algunos momentos de vacilación la mañana que salimos de Hagios Antonios, cuando manifestó el deseo de ver á la hermana de Smith. Yo le hice notar que tal vez la joven, que es mucho más lista que su hermano, enfurecida al ver descubiertas sus intrigas, tratara de agredirla; ella convino en seguida en que lo mejor sería que estuviera yo presente. Este género de ayuda es precisamente el que espero de usted; que esté siempre alerta sin que ella lo eche de ver, así para impedir que se comunique con los de fuera, como para que no se aparten sus pensamientos de la conveniente decisión.

Esta conferencia fué causa de que los dos Argos de Irene quedaran mutuamente satisfechos el uno del otro; el Sr. Kirileff emprendió su vuelta á Escitia con el ánimo muy tranquilo, dejando á su aliada la misión de procurar que la existencia le resultase á Irene poco agradable. Las semanas que transcurrieron después fueron las más penosas que había pasado la joven en toda su vida, porque comprendía perfectamente el concepto que habrían formado de ella Mauricio y Zoe, y por otro lado no tenía medio alguno de llevar á cabo lo que se había propuesto. Su imaginación la hizo ver en un momento la conducta que debía seguir, mientras estaba sentada en el diván, junto al abad, escuchando los bien redondeados períodos del Sr. Kirileff. Su primera impresión fué algo más que la satisfacción que éste había sorprendido en su semblante; fué la de un triunfo completo. Después de todo, había acertado al sospechar que Mauricio era un príncipe disfrazado. Pero al mismo tiempo que cruzaba esa idea por su mente, leía en el rostro del escita que había dejado traslucir su pensamiento, y en el acto vió ante sí el camino que debía tomar. El quedarse en Hagios Antonios,

compartiendo la suerte con Mauricio y Zoe, no le reportaría ninguna ventaja. El monasterio, que durante tantos siglos había sabido conservar su fe, sabría también guardar sus secretos. Los prisioneros seguirían sepultados en vida, sin que lo sospechara el mundo exterior, y en Europa correría la voz de que habían muerto á manos de los bandidos. Los embajadores pedirían indudablemente una indemnización y el castigo de los asesinos; Escitia adelantaría al gobierno rumi el dinero necesario, y el atentado se cargaría á la cuenta de los primeros criminales que no tuvieran con qué untar las manos de la justicia. Hasta conseguirían engañar á Wylie con una novela bien urdida, ó tal vez presentándole objetos que fueran de sus amigos, y tendría que volverse á la India cabizbajo y aburrido después de perder la última esperanza. Irene vió todo esto mientras fingía la repulsión y enfado que hicieron creer al Sr. Kirileff en el buen éxito de su manera de presentar los hechos. Tenía que borrar de la memoria de éste el recuerdo de su momentáneo descuido; hasta tenía que engañar á Mauricio y á Zoe para que no fuera él á traslucir en su fisonomía que le estaba engañando. Necesitaba volver á tierras civilizadas y ponerse, ya de un modo, ya de otro, en comunicación con Wylie; para poder conseguirlo era preciso echar tierra á los ojos de amigos y adversarios.

Manifestación curiosa del estado de su espíritu era que las trascendentales noticias que había oído de labios del Sr. Kirileff las recordaba únicamente para darse razón de él, porque no querían que Mauricio y Zoe quedaran en libertad si antes no se deshonraban confesando que eran unos impostores. No se preguntaba cuáles serían las consecuencias que traerían para su porvenir, pues las exigencias del momento presente ocupaban todo su pensamiento. La magnitud de su intento no la dejó dormir en toda la noche última que pasó en el monasterio y la llevó á hacer la tentativa que el Sr. Kirileff frustró para procurarse en Zoe una aliada. Mucho más fácil había de ser el comunicarse con Wylie ó con cualquier representante inglés, siendo dos, en lugar de uno, los que buscaran la oportunidad; por eso quiso inducir á Zoe á que se sometiera en apariencia y la acompañara. La cautela del comisionado no tan sólo desvaneció esa esperanza, sino que la obligó á hacer todavía más negro el concepto en que Zoe debía tenerla; así fué que emprendió su viaje en un estado poco menos que de desesperación. Convino sin ninguna clase de protesta en lo que le indicó el señor Kirileff; que dejara correr la voz de que volvía de visitar el santuario de Hagios Antonios y que se detenía en Therma para reponerse de las fatigas sufridas en el viaje, en tanto que los amigos que habían compartido con ella las penalidades de su cautiverio en poder de los bandidos continuaban su excursión á los monasterios edificados en las rocas próximas á la frontera de Morea. Ese rumor debía de todos modos dar alguna idea á Wylie del paradero de sus amigos, y con toda seguridad le haría insistir en querer verla y saber por ella cuál era la verdadera situación de las cosas.

Pero en estos cálculos no había tenido Irene en cuenta á Clariclea Feodorouna, ni al estado mayor de auxiliares sagaces que tenía á su lado. La princesa fué recibida con el mayor cariño y respeto; pero muy pronto quedó atada de pies y manos, si bien las ligaduras eran demasiado ligeras para que las sintiera y demasiado fuertes para que pudiera romperlas. El médico, á quien se llamó para que la recetase algo que aplacara sus excitados nervios, aconsejó mucha quietud y sosiego, á la vez que poco trato social, y ese poco que fuera de índole familiar y alegre. ¿Podía darse nada más en armonía con las prescripciones facultativas que limitar las visitas que había de recibir Irene á las de unas cuantas personas, elegidas entre la colonia escita, y á las de los pocos representantes amigos de las potencias que favorecían las miras de Escitia? Al mismo tiempo, la señora Ladoguin, cuyo buen aspecto hacía honor á su mucha habilidad, se encargó de devolver la frescura al rostro de su huéspeda, perdida por haber estado, durante un mes, expuesto á todas las inclemencias del tiempo sin velo ni sombrero. No era admisible que Irene pudiera presentarse en la corte escita, adonde pronto debía regresar, con la cara quemada por el sol y las manos coloradas; su curandera desempeñó á lo vivo el papel de tirano benéfico, ya prohibiéndole salir los días en que reinaba cierto viento especial ó en que soplara alguno, cualquiera que fuese, ya aplicándole bálsamos suavizadores que requerían, para que su efecto fuera completo, que la paciente se pasara todo el día en la cama. El resistirse hubiera sido inútil, é Irene á todo se avenía por no tener otro remedio, á fin de no infundir sospechas; pero en una cosa no quiso ceder. Todas las palabras persuasivas y argucias de la señora Ladoguin no pudieron hacer que escribiera á la corte escita encareciendo su arrepentimiento. Tuvo que recurrir, tanto la hostigaban, al expediente de pasarse mañanas enteras escribiendo borradores de la carta que, principiados, rompía antes de terminar. «No saldré de Therma—decía entre sí—hasta que no haya hecho algo en favor de Mauricio y de Zoe. Después, nada me importa lo que á mí pueda pasarme. Supongo que tendré que volver á Pavelsburgo, pero no escribiré lo que no siento únicamente para que me traten algo mejor. Mauricio no lo haría, pues yo tampoco lo haré.»

En todo ese tiempo Wylie no dió señales de vida. Tan pronto como Irene hubo llegado á Therma, preguntó por él al ama de la casa, diciendo, con franqueza, que deseaba darle las gracias por lo mucho que había trabajado para reunir el rescate; pero se la contestó que se había ido á la India otra vez, convencido de que sus amigos estaban ya en seguridad. Ella no lo creyó, pero pensó que sería muy probable que él quisiera que así lo creyeran á fin de tener más libertad de acción; y siempre que salía á pasear en coche miraba con atención á la multitud de diversas nacionalidades que llenaba las calles, buscando aquellos ojos delatores que ningún disfraz podría ocultar. Pero nunca los vió.

Una ó dos veces se atrevió á preguntar, como por casualidad, á alguno de los que visitaban á la señora Ladoguin, si sabían algo del capitán Wylie, y siempre le contestaron, con miradas de extrañeza, que se había dado á conocer demasiado mientras estuvo en la ciudad, pero que ya felizmente se había ido. Esto, sin embargo, no probaba que no hubiera podido volver, é Irene se dió á pensar si debería escribirle, puesto que, lo que era muy de extrañar, tan poca prisa tenía en encontrarla. No sabía su dirección, pero el cónsul general de Inglaterra indudablemente haría llegar la carta á sus manos. ¿Sería mejor remitirla por el correo ó por mano de un criado? Hasta entonces estaba en la creencia de que la dejarían sostener correspondencia con quien quisiera, y únicamente la convicción que tenía de que había de luchar con adversarios muy astutos y precavidos, era lo que la hacía titubear. No podía permitirse el lujo de que sus tentativas fracasaran. Si llegaba á saberse que deseaba ponerse en comunicación con Wylie, bastaría eso solo para desvirtuar la actitud firme en que se había colocado, y si se trasluciera que le había escrito, los Ladoguin tomarían sus medidas para no dejarla dar un paso más.

Por rara casualidad, aquel mismo día vió confirmarse las suposiciones que había hecho respecto á los peligros que entrañaban ambos medios de entrar en relaciones. Habíanle facilitado dinero en abundancia y se había ocupado en la muy necesaria tarea de comprar ropa nueva. Uno de los encargos lo hizo á una casa inglesa establecida en Vindobona. Escribió en nombre de Irene la señora Ladoguin, que actuaba como una especie de dama de honor sin carácter oficial; pero habiendo tenido esta última que salir de la habitación antes de terminar la carta, Irene puso el sobre y lo cerró aprisa para que pudiera llegar oportunamente al correo.

La contestación llegó á su debido tiempo; pero el comerciante suplicaba en ella que le dijeran si dentro del sobre habían incluído algún otro pliego, porque había notado que lo habían abierto y vuelto á cerrar, con mucha habilidad, antes de que llegara á su poder. Ese incidente bien alto decía lo aventurado de entregar sus cartas á la balija consular, é Irene se percató de que, sin que lo echara de ver, se hallaba en realidad sujeta á una vigilancia tan minuciosa como la ejercida durante su viaje. Entonces se preguntó: «¿No habrá peligro en tratar de sobornar á los criados?» Todos parecían deseosos de complacerla y hasta, á lo menos así se lo parecía, á dejarse comprar, especialmente la doncella francesa de la señora Ladoguin, que también la servía. ¿Serían espías que buscaban que les hiciera proposiciones de venderse, á fin de ir á delatarla á su ama? Un impulso inexplicable le hizo examinar el dinero que le habían entregado. Era todo en oro y cada moneda estaba marcada con una rayita trazada precisamente en el mismo sitio. Irene abandonó toda idea de sobornar á la servidumbre.

Sólo llegó á poner en práctica una tentativa que no concluyó tan desastrosamente como pudo haber terminado. Iba de paseo en coche con la señora Ladoguin, cuando ésta mandó parar ante una tienda para hacer un encargo. Antes de que tuviera tiempo el *cavass* de volver, vió Irene que una señora se dirigía hacia el carruaje.

—Perdóneme usted, querida princesa, dijo la señora Ladoguin apeándose precipitadamente; pero esa señora es la esposa del cónsul general de Pano nia, que todavía no le ha sido presentada. Si me permite que le salga al encuentro, le evitaré la molestia de saludarla, pues es bien poco simpática.

Como no pudo adivinar que aquella señora era en realidad la esposa del cónsul general de Inglaterra, una de las personas con quienes menos quería la señora Ladoguin que hiciera conocimiento en Therma, Irene miró en torno suyo para ver si había medio de aprovechar aquella oportunidad. En el asiento delantero había el programa de un concierto que con un objeto benéfico iba á celebrarse pronto; la joven lo cogió apresuradamente y escribió en él con lápiz:

«La princesa Irene Teofan tendrá especial placer en recibir al capitán Wylie cuando éste lo estime oportuno. Que procure avisarla directamente.»

Dobló el papel y puso la dirección al cónsul general inglés, llamó con la mano á un mendigo que en ausencia del *cavass* se había atrevido á acercarse al carruaje y le enseñó una moneda de oro.

—Para Sir Frank Francis, en el consulado de la Gran Bretaña, le dijo en francés y en voz baja. Esto es para usted si quiere llevársela.

El mendigo la miró con ojos estupefactos y codiciosos, y ella, al ver que la señora Ladoguin volvía, le hizo señas que se marchara, repitiéndole al mismo tiempo:

—Para el cónsul general inglés.

Vió que la había entendido y que con paso vacilante echaba á andar por una callejuela que iba en dirección opuesta á aquella en que estaba el consulado inglés. Nunca supo nada más Irene del mendigo ni de su misiva; pero poco á poco se dió cuenta de lo mucho que debía alegrarse por haber tropezado con un bribón tan inexperto, que no supo duplicar la ganancia llevando el papel al cónsul general escita, en vez de llevarlo al inglés.

XIX

CÓMO SE SACA PARTIDO DEL ARTE

El capitán Wylie se hallaba en aquellos días en el mismo estado de ánimo que Irene. En cuanto se enteró de que había llegado á Therma, dió los pasos necesarios para poder hablar con ella, pero le manifestaron que estaba muy enferma y que por lo tanto no podía recibir á nadie. Sin perder un momento más se embarcó con Armitage para Morea, y recorrió detenidamente todos los monasterios de las montañas de aquella parte de la frontera, enterándose de que sus amigos no estaban ni habían estado antes en ninguno de ellos. Sólo le quedaba por ver el de Hagios Antonios; pero al intentar visitarlo, los guardas de la frontera le hicieron retroceder, protestando que trataba de hacer entrar una partida griega en territorio de Ematia. Regresó entonces á Therma, con la intención de ir desde allí á dicho monasterio, pero tropezó con gran número de inconvenientes que le desesperaban, porque veía que por todas partes le cerraban las puertas. El valí se preocupaba ahora tanto de su seguridad personal, que rayaba ya en lo intolerable; decía que no podía ir como no fuese acompañado de una buena escolta; mas por otro lado se negaba á dársela, y tampoco le permitía que la organizara él pagando á la gente de su bolsillo. Todo eran inconvenientes cuando quiso contratar guías, caballos, criados y todo lo demás que necesitaba para emprender el viaje; pero Wylie, aunque se enfurecía al ver las dificultades casi insuperables que se iban presentando, se tranquilizaba después, y seguía con energía combatiendo una por una todas las objeciones que le hacían, hasta que cambió de pensamiento, por haber visto á Irene de lejos en el carruaje de la señora Ladoguin. La resolución que tomó de verla á toda costa, fué el preludio de una serie de grandes contratiempos. Una vez tan sólo logró entrar en el consulado escita, recibiéndole la señora Ladoguin, quien con melifluas palabras le dió de parte de S. A. las más expresivas gracias por sus anteriores servicios, y le hizo presente lo mucho que sentía no poder recibirle por su estado delicado de salud. Los ruegos, los razonamientos, las amenazas, todo, en una palabra, se estrelló contra la coraza suave, pero impenetrable, de que se revistió dicha señora, hasta que cansado Wylie de suplicar se retiró con el firme propósito de volver, como así lo hizo varias veces, pero ya no quisieron recibirle. Pensó después en escribir á Irene, y á su primera carta contestó la señora Ladoguin á nombre de ella, diciéndole poco más ó menos lo que antes le había dicho de palabra; pero se lo decía en términos más secos, censurando su atrevimiento é importunidad. Otras dos ó tres esquelas que recibió después, se quedaron sin contestación, y las que mandó al poco tiempo se las devolvieron sin abrir. Recurrió entonces al dinero; pero se encontró con que había muchas

manos dispuestas á recibirlo, entre los criados y empleados subalternos del consulado, y muy pocas ó ninguna á servirle de veras, pues no pasó mucho tiempo sin que se convenciera de que ninguna de sus misivas había llegado á manos de Irene.

Wylie, sin embargo, era demasiado tenaz para desmayar ó desistir de su empeño por todas estas contrariedades y desengaños; así es que vigilaba sin cesar las puertas del consulado, se apostaba en los lugares por donde era probable que pasara la señora Ladoguin acompañando á su huéspeda al dar sus acostumbrados paseos en coche. Pero sus adversarios eran tan testarudos como él y mucho más listos, aunque Wylie verdaderamente no tenía nada de torpe. Nicetas Mitsopoulo seguía todos sus pasos con incansable persistencia, y diariamente, á veces á cada hora, le daba cuenta á su hermana de todo lo que había visto y oído respecto al capitán Wylie. Con mucha frecuencia hacían correr falsos rumores respecto á la dirección que las señoras pensaban tomar en sus salidas en coche. Pero á pesar de todas estas tretas y manejos, la mucha constancia de Wylie produjo al fin su efecto correspondiente, es decir, logró poner nerviosa á la señora Ladoguin, que decía que si aquel maldito inglés continuaba rondando por las inmediaciones de su casa, alguna vez tenía que hallar por fuerza la ocasión de celebrar la entrevista que pretendía, porque ella no iba á estar constantemente en todas partes. Después de maduras reflexiones y de haberlo consultado con su hermano, dió uno de esos pasos atrevidos que sólo dan las inteligencias muy superiores. Fué á visitar á la esposa del cónsul general británico y le suplicó que le permitiera tener una conferencia reservada con ella, lo que le concedió la otra al momento, y entonces se quejó amargamente de la conducta poco digna de un caballero, que observaba un compatriota de su marido. Esa persona era uno de los que fueron secuestrados por los bandidos al mismo tiempo que la real señora que se hospedaba en su casa, y tanto le había desvanecido esa casualidad, que se había enamorado locamente de la princesa, persiguiéndola sin descanso por todas partes, á pesar de estar ya otra vez en el seno de la civilización, con demostraciones tan insultantes como mal recibidas. Este hombre importuno andaba en acecho todos los días, sobornaba á los criados para que le llevaran sus declaraciones amorosas, y tal temor y repulsión había llegado á inspirarle, que casi no se atrevía ya á salir fuera del recinto del consulado.

Esta confidencia sirvió para que lady Frank comprendiera ahora á qué obedecían los insistentes pasos que daba Wylie por ver á la princesa, y al mismo tiempo le proporcionó algo en que poder ocuparse. Con la mejor buena fe del mundo se prestó á los manejos de la señora Ladoguin, llevada de la verdadera compasión que sentía por Wylie, viéndose además halagado su amor propio por tener que intervenir en las intrigas amorosas de una persona de real estirpe. No tardó un momento en referir á su esposo lo dicho por la señora Ladoguin, y Sir Frank, que apreciaba mucho al capitán Wylie y deploraba lo que ocurría, le suplicó que fuese á verle cuanto antes, y le habló con la misma ternura que si fuera su padre.

—No se trata, principió diciéndole, de nada que le haga poco favor, muy al contrario, me parece cosa natural; pero comprenderá usted fácilmente que siendo como es dama de tan alta alcurnia, eso no tiene razón de ser.

Wylie llegó hasta á perder el aplomo al oir esta salida del cónsul de su nación y al ver además que cuantas tentativas hacía para que supiera la verdad resultaban infructuosas. Sir Frank se empeñaba en atribuir sus terminantes negociaciones al deseo de no comprometer á la princesa, y con mucha seriedad le preguntó por qué, si realmente no estaba enamorado, rondaba tanto su casa y la importunaba de aquel modo, escribiéndole cartas casi á diario.

—¿Pero no comprende usted, exclamó por último Wylie, que la princesa ha visto á los hermanos Smith mucho después que yo? Si yo no pretendo otra cosa sino que me diga qué ha sido de ellos.

—¿Y no sabe usted que andan recorriendo los monasterios? ¿Por qué no da usted crédito á las palabras de la princesa y del Sr. Kirileff?

—¿Y por qué no me han escrito los Smith? ¿Por qué no he tenido ya noticias suyas? ¿Cómo quiere usted que anden viajando si no tienen dinero? ¿No lo comprende usted, señor cónsul?

—Sí, ahora lo comprendo, dijo Sir Frank, pensando por primera vez que en todo aquello sería probable que hubiera algo más que una quimera, hija del exaltado cerebro de Wylie. Pero vamos á ver, ¿qué es lo que desea usted que le diga la princesa?

—Yo no quiero más que preguntarle dónde y cómo dejó á los hermanos Smith y qué era lo que pensaban hacer; todas mis gestiones no se encaminan nada más que á eso, á que me diga algo de ellos.

—Pero para eso creo que no necesita usted una entrevista reservada.

—Yo no he pretendido verla á solas y me hubiera guardado muy bien de pretender una cosa semejante. Tendría mucho gusto en hacerle esas mismas preguntas en presencia de usted y de los señores Ladoguin y de todo el personal de los dos consulados, si fuera preciso.

—No creo que hubiera necesidad de tanta gente; tal vez bastará con lady Frank y la señora Ladoguin, y de este modo sería menos penoso para la princesa, dijo Sir Frank con cierta risita.

Y añadió después:

—Me ocuparé del asunto, déjelo á mi cuidado, y mientras tanto no ande usted rondando por el consulado; ¿me comprende usted?

Wylie asintió y se despidió en seguida. Después comenzó á renegar y á maldecir de su negra estrella en presencia de Armitage, que aún seguía en Therma esperando á ver en qué paraba todo aquello, dibujando entre tanto vistas de Ematia para el *Plastic*. Armitage oyó tranquilamente los coléricos arranques de Wylie, el cual, cuando se le pasó la ira, principió á lamentarse de las injustas y necias imputaciones que le hacían de que estaba enamorado de Irene; esto era precisamente lo que más le sublevaba, porque decía que estaba siendo el hazmerreir de toda la ciudad.

—Tranquilícese usted, amigo, dijo el artista con calma cuando terminó Wylie de maldecir y de lamentarse de todas sus desgracias y de su mala sombra. Es usted un león aprisionado en la red; ¿quiere usted concederme el honor de que haga yo de ratón?

—¿Qué es esto?, gruñó Wylie cogiendo un pliego de grandes dimensiones dirigido á Irene que su amigo le puso ante la vista.

—Es una carta de la princesa Florentina, duquesa de Inverness, recomendando á un pintor inglés llamado Armitage á la princesa Irene Teofan, á quien dicha duquesa conoció en Francia la primavera pasada.

—¿Y cómo pudo usted trabar amistad con la duquesa de Inverness?

—Si quiere usted que le sea franco, no lo sé á punto fijo; tal vez haya sido por ser ella muy aficionada á la pintura. El caso es que yo me atreví á pedirle esa carta escrita de su puño y letra, para que no fueran los esposos Ladoguin á confiscarla y contestarla ellos mismos, como han hecho con las de usted. Por supuesto, yo no le dije el por qué tenía tanto interés en ver á la princesa Irene; pero la dama de honor de la duquesa me manifestó que aquélla le había indicado que me aconsejaba llevase, cuando fuera á verla, algunos de mis dibujos, pues de ese modo sería fácil que me encargase su retrato. Debe haber creído sin duda que ando algo escaso de recursos.

—Muy bien: ¿quiere usted que vaya yo en su lugar?, preguntó Wylie.

—¡No sea usted tan inocente, hombre de Dios! ¿Cree usted que le admitirían en el consulado escita, aun cuando llevase una carta del mismo emperador de Escitia? ¿Se imagina que su aspecto, y sobre todo sus ojos, no son conocidos hasta de los muchachos limpiabotas de este pueblo? Soy yo el que tengo que ir en persona. No pretenda usted que abuse de la bondad de la duquesa, enviando en mi lugar á un hombre tan poco grato como usted, quiero decir, poco grato á Escitia. Pero no se apure usted, que yo trataré de hacerle el juego. En resumidas cuentas, ¿qué es lo que usted quiere?

—Quiero verla, quiero oir de su propia boca qué ha sido de ellos, exclamó Wylie. Dígale que si continúa sin querer darme las noticias que le pido, la seguiré á todas partes hasta que me diga la verdad.

—Vamos despacio. Este es un caso en que es indispensable proceder con mucha maña y gran cautela. Tratemos primeramente de hablar de qué estratagema nos hemos de valer. No hay que olvidar que á pesar de todo, es muy posible que no se la dejen ver. Busquemos el medio de que pueda yo adquirir en todo caso las noticias que usted desea.

Combinaron su plan, y Armitage entregó la carta en el consulado, donde causó no poca intranquilidad y recelo. Según habían ya supuesto los dos amigos, no era posible que hicieran con la carta de recomendación de una princesa inglesa, entusiasta por el arte, lo mismo que habían hecho con las de Wylie, pues tuvo la satisfacción de recibir aviso de que la princesa Irene le recibiría al día siguiente. Cuando se presentó, con una cartera llena de bocetos, no le sorprendió que primero le recibiera la señora Ladoguin, quien aparentando hablarle con toda la franqueza del mundo, le advirtió que de ningún modo debía nombrar al capitán Wylie en presencia de Su Alteza Real.

—Probablemente, añadió, tendrá usted ya noticia de la incalificable conducta que observa ese señor con la princesa; no es posible que pueda usted formarse una idea exacta de lo mucho que ha sufrido ella por su causa.

—Le agradezco á usted mucho la advertencia, le contestó Armitage fingiendo la misma franqueza. No creo que lo hubiera nombrado á no hacerlo antes la princesa; pero ahora con mucho más motivo, con lo que acaba usted de encargarme.

Cuando lo llevaron á presencia de Irene, notó que ella se quedó algo contrariada, como si hubiera esperado que le presentaran á otra persona, y dirigió algunas miradas para cerciorarse de que nadie más le acompañaba, lo que le hizo al momento comprender que la princesa había tenido la descabellada idea de que vendría Wylie disfrazado. Semejante descubrimiento venía á allanar la mitad por lo menos de las dificultades de su misión, puesto que de hecho quedaba resuelta la cuestión de saber si ella tenía ó no tenía parte en aquella conspiración de guardar tanto silencio y no querer contestar á las cartas de Wylie. Agradóle mucho la manera lánguida y cansada con que le preguntó dónde había aprendido su arte y cómo había conocido á la duquesa, porque todo esto contribuiría indudablemente á disminuir la suspicacia de la señora Ladoguin. Pero muy pronto se evidenció que ni aun momentáneamente se podía engañar la gran vigilancia de aquella señora. Se colocó ésta entre Irene y Armitage, é iba entregando á aquélla los diseños á medida que éste los sacaba de la cartera. Hasta que no pasó por sus manos todo el contenido no se retiró á un extremo de la mesa, donde se sentó y siguió entretenida con su labor de ganchillo. Armitage observó que su tarea no la absorbía por completo, pues mientras se movían los dedos, seguían los ojos escudriñando cuanto pasaba en torno suyo, exactamente lo mismo que antes. Irene continuaba mientras tanto examinando los dibujos que ya tenían el visto bueno de la dueña de la casa.

—Crea usted que he tenido un verdadero placer viendo sus trabajos, dijo al pintor con mucha amabilidad. Siento que no haya traído usted más retratos. La duquesa de Inverness me dice que hizo usted para ella uno del duque de cuerpo entero.

—Lo traigo aquí fotografiado, señora, dijo Armitage mientras sacaba de un bolso de la cartera la fotografía, procurando presentar primero un lado y después otro á la inquieta mirada de la señora Ladoguin, como hace el prestidigitador que quiere hacer creer al público que no emplea trampas.

—Sí, me gusta mucho, dijo Irene después de haberlo mirado detenidamente .. Mas no conozco al duque ni tampoco á ninguna de las personas cuyos retratos acaba usted de enseñarme. ¿No tendría usted el de alguna persona conocida mía?

—No tengo más que uno, señora, y es tan sólo un ligero bosquejo del capitán Wylie.

Y al decir esto dirigió á la señora Ladoguin una mirada implorando su perdón.

—Pues lo habré pasado por alto, porque no le he visto. Haga usted el favor de dejármelo ver.

Armitage sacó entonces el retrato de debajo de los otros, donde con gran destreza lo había colocado la señora Ladoguin en lugar de pasarlo á Irene. Era un dibujo al lápiz ejecutado con mucho esmero; Wylie estaba adelantando un pie como si fuera á salirse del papel, y su semblante respiraba intrepidez.

—¡Qué parecido está! Esa expresión me es muy conocida, dijo Irene sonriéndose y suspirando al mismo tiempo bajo la influencia de los recuerdos que evocaba aquel retrato. Pero tiene usted que darle color. Para hacerle justicia al capitán Wylie, hay que reproducir el color de sus ojos.

—Esto no es más que un simple bosquejo, señora. Lo hice espiando al vuelo esa posición en que está, porque me gustó mucho. Le he dicho que me servirá para pintar un cuadro en que aparezca aterrando á todo un ejército con sólo el látigo, como el general Gordon.

—Entonces tendrá que cambiar el fondo. ¿Por qué pone usted á un guerrero en mitad de un bosque?

—¡Ah! Porque ese era un rincón de monte que quería tener á la vista; por eso precisamente lo dibujé ahí, dijo el artista con naturalidad. Estoy muy contento de él, porque me parece que he reproducido bastante bien el aspecto de esa clase de arbolado. ¿No le gusta á usted, señora? Tal vez poniéndolo á la luz conveniente...

Y le aproximó á la ventana. Irene se volvió en su asiento.

(Se continuará.)

Madrid.—El Museo Nacional de Pintura y Escultura

EL MUSEO NACIONAL

DE PINTURA Y ESCULTURA DE MADRID

España se encuentra en materia de museos y de colecciones artísticas, especialmente en el ramo de Pintura, á más altura que las naciones más adelantadas del globo, pudiendo además enorgullecerse justamente con la idea de que los cuadros de sus pintores son objeto preferente de estudio y de universal admiración por encima de las primeras obras de los demás museos del extranjero. Entre los establecimientos de esta clase que posee es el primero, no sólo en España, sino también en el mundo, entre los de su clase, el Museo de Pinturas de Madrid, el cual contiene más de 2.000 cuadros de autores de grandísima celebridad. El bellísimo edificio destinado á este objeto, y que comenzó á construirse con el fin de que fuese un Museo de ciencias naturales, data del reinado del gran Carlos III, que confió su dirección á su arquitecto mayor, el célebre Villanueva, y se terminó en el de Fernando VII, que contribuyó á esta obra con gruesísimas asignaciones, que no dejó de satisfacer ni aun en las mayores escaseces de la real casa.

Los cuadros que forman hoy este gran Museo fueron todos del real patrimonio y estaban diseminados en los palacios de Madrid, de Aranjuez, de San Ildefonso, del Pardo, la Zarzuela y la Quinta. En dichos puntos no eran del dominio público, aunque en honor á la verdad se ha de hacer constar que nuestros reyes siempre mandaron que se dejaran ver, estudiar y aun copiar á los artistas que tuviesen por conveniente el pedirlo simplemente de palabra al mayordomo del palacio.

Pero los sitios reales hallábanse apartados de la capital, y el ir á estudiar á ellos era harto difícil á los artistas.

Gracias á la iniciativa de José Bonaparte (1810) se formó el Museo de Pinturas. Con un amor al arte digno de todo encomio, y aun diremos á España, y para contrarrestar el pillaje de los generales del imperio, que andaban robando y extrayendo cuadros de los palacios é iglesias á más y mejor, dictó una orden reservada á sus gobernadores militares prohibiéndoles la exportación de objetos de arte, orden que luego fué reproducida en la *Gaceta* del 1.° de agosto del mismo año, imponiendo la confiscación de dichos objetos al que los sacara y á más una multa igual á su valor, y del doble en caso de reincidencia.

Después de lo cual, en 24 de agosto, publicó la orden de creación del *Museo Nacional de Pinturas* en el palacio de Buenavista, recogiéndose en él los cuadros de los conventos y palacios, cosa á que no se hubieran atrevido los reyes españoles. Luego Fernando VII, gracias á la iniciativa de su esposa doña María Isabel de Braganza, que era apasionada por las artes, dió en 13 de noviembre de 1819 la orden para que el edificio dedicado á Ciencias Naturales sirviera de palacio al Museo de Pinturas.

Con esta orden y con las sumas que, como hemos dicho, entregó para la adquisición de cuadros y su conservación, contribuyó dicho soberano á este Museo.

No obstante, durante los dos primeros años el Museo se redujo á tres salas que contenían 311 cuadros de la escuela española. En 1821 abrióse otra sala y en 1828 se inauguraron las salas de la pintura alemana, italiana y francesa, formando un total de 755 cuadros. En 1830 se abrieron al público las salas flamenca y holandesa y la galería de la Escultura. En 1839 se añadieron otros salones, en 1851 se inauguró el ovalado, y por fin en 1873 la República hizo trasladar al Museo las preciosas tablas que yacían en los depósitos del ministerio de Fomento.

El niño de la escudilla, cuadro de Murillo

Algunos de los cuadros preciosos de este Museo desaparecieron al retirarse los franceses, yendo á parar á los Museos de París, pero fueron devueltos gracias al tratado de las naciones aliadas que vencieron á Napoleón I.

***

El Museo del Prado representa hoy por hoy el emporio del arte europeo, desde las tablas góticas á la pintura de principios de siglo, no sólo por lo que toca á las escuelas españolas, que por sí solas constituyen un arte completo, sino también por lo que se refiere á todas las escuelas europeas, flamenca, germánica, holandesa, diversas italianas y francesa.

En el Museo de Pinturas, como acabamos de decir, se encuentran, pues, las obras maestras en materia de cuadros de las mejores escuelas de pintura, todas las cuales están debidamente clasificadas. En la florentina se distinguen los de Miguel Angel, Leonardo Vinci, Andrea del Sarto, Bartolomé Carducci y Francisco Salviati. En la romana los de Rafael, entre los cuales están los conocidos por el *Agnus Dei, La Perla, La Virgen del Pez, La Rosa, La Visitación* y el celebérrimo *Pasmo de Sicilia,* cuya reputación es europea; además hácense admirar las de Julio Romano y Sassoferrato. En la veneciana los hay del Tiziano, de Paolo Veronese, del Tintoretto y del Bassano. En la boloñesa se distinguen los del Dominiquino, los de Carducci, de Guido y de Albano. En la lombarda y milanesa, los de Correggio, los de Crespi y de Lanfranco. En la napolitana se admiran los de Salvador Rosa, Caballero Máximo, Vaccaro Calabrese y Jordano. En las flamenca, holan-

desa y alemana destácanse los de Rubens, Van Dyck, Teniers, Van Bosch, Rembrandt, Both, Alberto Durero y Mengs. En la francesa sobresalen los de Poussin y Claudio de Lorena.

Pero donde sobre todo brillan las grandes creaciones del arte, donde se ve el vigor en el sentimiento del colorido, es en nuestra antigua escuela española, cuya colección es la más rica del mundo.

Allí se encuentran los admirables cuadros de Murillo, de Ribera, del gran Velázquez, de Claudio Coello, de Juan de Juanes, de Zurbarán, de Villavicencio, de Ribalta, de Morales, de Pantoja de la Cruz, de Carreño y de otros bien notables.

¿Quién no ha admirado el *Cuadro de las lanzas*, el *Esopo y Menipo*, *Las meninas*, *Las hilanderas*, *Los borrachos*, el *Cristo* y los retratos á caballo de Felipe IV, del condeduque de Olivares y del infante don Carlos, obras colosales de Velázquez? ¿Quién no ha visto *la Virgen*, el *San Francisco*, *La Anunciación* y la *Magdalena* del incomparable Murillo? ¿Quién no se ha extasiado ante los retratos de Moro, ó asombrado ante los desnudos de Ribera, ó espantado ante *los fusilamientos* de Goya? No hay Museo en el mundo, podemos decirlo muy alto, que se le pueda comparar en materia de pintura.

En la Galería ó Museo de escultura hay una preciosa colección de objetos de este arte, entre ellos muchas obras griegas y romanas y no pocas de artistas célebres españoles desde el Renacimiento á principios de siglo.

POMPEYO GENER.

La Sagrada Familia, cuadro de Rafael conocido por «La Perla,» que se conserva en el Museo del Prado, Madrid

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

CRÓNICA DE LA FIESTA DEL ÁRBOL EN ESPAÑA. AÑO 1907.—Un tomo de 114 páginas que contiene numerosos datos acerca de las fiestas del árbol celebradas en varias poblaciones de España, algunos artículos de interesante lectura y multitud de grabados. Ha sido impreso en Barcelona en la imprenta y litografía de José Casamajó.

EL TRIUNFO DE LA VIDA, diálogos novelescos, por *Manuel Carretero*. – Es esta obra una novela bien meditada y desarrollada con acierto, en la que hay algo más que narración de sucesos imaginados, puesto que se basa en ideas trascendentales y plantea y resuelve un problema psicológico. Lleva el libro bellísimas ilustraciones del notable artista Julio Romero de Torres. Un tomo de 108 páginas, editado en Madrid por el Sr. Pueyo. Precio, tres pesetas.

POESÍAS, por *Juan Valera*. – Este volumen es el tomo XVII de la colección de obras completas del eximio escritor, de la que en otras ocasiones nos hemos ocupado con el elogio que se merece, y en él se han incluído muchas poesías inéditas de los primeros años de vida literaria de D. Juan Valera. Contiene además una carta de éste al Sr. Menéndez y Pelayo, un prólogo de J. Jiménez Serrano y otro de D. Antonio Alcalá Galiano. Impreso en Madrid en la imprenta Alemana, véndese el libro á tres pesetas.

GUSARAPO, por *Emilio Román Cortés*. – Novela interesante, escrita con gran soltura y que encierra un fondo altamente moral é instructivo. Es la primera producción en su género de su autor, y á juzgar por ella, no es aventurado asegurar al Sr. Román Cortés un porvenir lisonjero en la literatura novelesca y un puesto distinguido entre nuestros buenos novelistas. *Gusarapo* forma parte de la biblioteca «Patria,» que con tanto éxito se publica en Madrid, y se vende á una peseta.

JUEGOS DE PRENDAS

AYER, HOY Y MAÑANA
Ó
LA FE, EL VAPOR Y LA ELECTRICIDAD
Cuadros sociales de 1800-1850 y 1899
POR
D. ANTONIO FLORES
Edición ilustrada
Tres tomos ricamente encuadernados, á 5 pesetas uno,
para los Sres. Suscriptores de la BIBLIOTECA UNIVERSAL

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

VINO AROUD
CARNE-QUINA
el mas reconstituyente soberano en los casos de:
Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza.
Calle Richelieu, 102, Paris. — Todas Farmacias.

Primera Dentición
JARABE DELABARRE
Facilita la salida de los dientes
y previene todos los Accidentes de la Dentición.
Exíjanse el Nombre de Delabarre y el Sello de la "Union des Fabricants".

ROB
BOYVEAU - LAFFECTEUR
Célebre Depurativo Vegetal
cura las
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpès, Acne.
EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO
H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & Cía, 102, R. Richelieu, Paris.
Todas Farmacias.

Ilistoria general del Arte
Arquitectura, Pintura, Escultura, Mobiliario, Cerámica, Metalistería, Gliptica, Indumentaria, Tejidos
Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesants texto, cuanto por su esmeradísima ilustración. – Se publica por cuadernos al precio de 6 reales uno.
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra
ASMA
CATARRO, OPRESIÓN
y todas Affecciones Espasmódicas de las Vias Respiratorias.
30 AÑOS DE BUEN EXITO
MEDALLAS ORO y PLATA.

MARCA DE FABRICA REGISTRADA.
PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

PAPEL WLINSI
Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTATICA
Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades* del *pecho* y de los *intestinos*, los *Esputos* de *sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Londres. – El 17.° Congreso internacional de la Paz.—La baronesa de Suttner (×) agraciada en 1905 con uno de los premios Nobel, dirigiéndose al congreso. (De fotografía de World's Graphic Press.)

En el Caston Hall de Londres se está celebrando actualmente el 17.° Congreso internacional de la Paz, al que han concurrido representantes de las entidades pacifistas de todo el mundo y multitud de personalidades ilustres de las más diversas naciones, que ponen sus talentos y sus energías al servicio de tan humanitaria causa.

Veinticinco de los principales miembros del mismo fueron recibidos, antes de la sesión inaugural, por el rey de Inglaterra, á quien entregaron un mensaje en el que se le llamaba el pacificador. Eduardo VII contestó que nada le satisfacía tanto como saber que sus esfuerzos en pro de la paz internacional no eran infructuosos y que, en general, eran bien acogidos por el pueblo de la Gran Bretaña y por los demás países. Añadió que estimaba como el objeto más noble desenvolver los buenos sentimientos y la buena armonía entre las naciones, medio el más seguro de permitir que la humanidad lograse su más bello ideal, y después de afirmar que á la consecución de este ideal dedicaría sus energías y tenderían sus esfuerzos, terminó deseando que Dios bendijese los trabajos del congreso.

Entre los congresistas figura la baronesa de Suttner, á quien fué adjudicado en 1905 uno de los premios Nobel y que lleva la representación de Austria.

El Congreso, además de reproducir los acuerdos adoptados en años anteriores, se ha ocupado de interesantes cuestiones de actualidad, como las de Turquía, China, Persia, Corea y Estados escandinavos, proponiendo para todas ellas soluciones en armonía con los fines que el congreso persigue.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en **cajas**, para la barba, y en **1/2 cajas** para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el ***PILIVORE.*** **DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.**

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

Imp. de Montaner y Simón